10963

GALERIA DRAMATICA

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.

Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
Un tercero en discordia.
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El qué dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca fingida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La batelera de pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Un novio á pedir de boca.
Un frances en Cartagena.
Por no decir la verdad.
Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde, ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendarias.
Macías.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
Finezas contra desvios.
Guillermo Tell.
El gran capitan.
El desengaño
Mas vale llegar
Ganar perdiendo
Cada cual con su
Lealtad de una mu
El zapatero y el rey
Apoteosis de Calderon
El zapatero y el rey
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Reti
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistad
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Ar
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de ant
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde
Rivera.
El rigor de las desdich
Las simpatias.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluc
Shakespeare enamorado
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dine
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duend
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece
Los perros del monte
Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.
De un apuro otro mayo
Empeños de una vengan
¡Es un bandido!

TRES ENEMIGOS

DEL ALMA,

DINERO, GLORIA Y AMOR.

COMEDIA EN CINCO ACTOS

TRADUCIDA DEL FRANCES

Por Don Isidoro Gil.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1844.

PERSONAJES.

HERMAN.
RODULFO, *estudiante aleman.*
DIGDIG, *criado suyo.*
El doctor FRANK.
ESTELA, *hija de Herman.*
BETTY, *hermana de leche de Estela.*
EL MARQUES.
HORINDA, *bailarina.*
JUGADOR 1.º
IDEM 2.º
LADRON 1.º
LADRON 2.º
UN ABATE.
UN OFICIAL.
SOLDADO 1.º
IDEM 2.º
IDEM 3.º
DON VASCO DE OLIVEIRA, *fidalgo portugues.*
DOÑA CATALINA, *su hermana.*
INES.
FRITZ.
ZUGG.

Parisienses, soldados, máscaras, aldeanos de ambos sexos.

La escena en el primer acto pasa en Nuremberg, aldea á los alrededores de Munik.— La accion pasa en 1718.

Esta comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y estranjero, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima, ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real orden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

Una sala baja con vidrieras al foro que dejan ver un jardin ; estantes de libros , instrumentos de física y astronomía repartidos por la escena. Mesa y sillas á la izquierda. A la derecha un gran sillon gótico.

ESCENA PRIMERA.

EL DOCTOR FRANK. ESTELA. HERMAN.

El doctor Frank sentado á la izquierda embebido en la lectura de un tomo voluminoso. Herman en el sillon de la derecha , y á sus pies Estela sentada en un taburete con el codo apoyado en las rodillas de su padre.

Herman. Qué es eso, Estela, qué significa ese ceño? Tu cara otras veces tan risueña y animada toma ahora esa espresion de tristeza é inquietud , justamente cuando se acerca el dia de tu boda , ese dia deseado de todos los jóvenes ! Tienes alguna pena que me ocultas, hija mia ? Ha cesado de ser Rodulfo el que tu corazon anhelaba por esposo ?

Estela. Rodulfo!... Tú sabes lo que le amo , padre mio. Hace mucho tiempo que eres el depositario de todos mis pensamientos ; Rodulfo es tu hijo adoptivo , los años de mi infancia han transcurrido insensiblemente entre él y tú... el que me amaba , y que tantas veces y con tanto entusiasmo me lo repetia... tú que manifestabas ver su

613082

cariño con agrado, hasta tal punto, que cuando yo llegué á notar que le amaba tambien vine á tí y te dije: «Padre mio, amo á Rodulfo, y no tendré mas marido que él,» tú no me contestaste; pero me besaste en la frente sonriéndote, y yo sé muy bien lo que quiere decir cuando tú me besas en la frente.

Herman. (*Sonriéndose con cariño.*) Y qué es lo que quise decir en aquella ocasion?

Estela. Quisiste decir, Estela mia, haré tu gusto.

Herman. Niña mimada! Pero nada de eso hasta ahora me saca de dudas acerca de tu mal humor.

Estela. (*Levantándose, y retirando el taburete donde estaba sentada.*) Quieres saberlo todo?

Herman. Todo.

Estela. (*Viniendo á apoyarse sobre el sillon de su padre.*) Escucha pues. Te he dicho hace poco que amaba á Rodulfo, no es verdad? pues bien, te he engañado; creo que le detesto!

Herman, Ay Dios mio! aborrecimiento nada menos.

Estela. Sí, desde esta mañana.

Herman. Ah! si no es mas que desde esta mañana...

Estela. Que le detesto?... desde entonces no mas, pero hace mas de diez dias que siento un peso en el corazon por culpa suya...

Herman. Cuéntame eso. Tienes alguna queja de él?

Estela. Muchas y muy serias. De unos diez dias á esta parte, Rodulfo no es el mismo: de alegre y franco que era antes, se ha vuelto sin motivo taciturno y uraño. Cuando le hablo de nuestra boda, me mira al principio con ternura estrechando mi mano entre las suyas... pero despues frunce las cejas y me dice arrugando la frente: «Estela, si no lograse hacerte dichosa sería un monstruo!» A qué viene decirme estas cosas? y en qué consiste que cuanto mas se acerca el dia de nuestro enlace le veo mas triste?

Herman. (*Levantándose.*) En qué consiste, hija mia? en que sabe apreciar toda la importancia de tales lazos. Tú ves las cosas de diverso modo de lo que son. Cuando uno ama todo le inquieta.

Estela. Y todo lo observa tambien. Vamos á ver. Qué es lo que hace ahora? á dónde se ha ido en un dia como este? no lo sabeis? pues ha ido á pescar.

Herman. (*Riendo.*) No veo nada de gravedad en eso. Vamos, tranquilízate, Estela; conozco á fondo á Rodulfo... es hijo de un antiguo amigo, le he tenido á mi lado desde la infancia, he dirigido sus estudios, observado sus inclinaciones... tiene una imaginacion muy viva, y que se exalta con la mayor facilidad, pero su corazon es bueno y generoso. Lo que yo quiero antes de todo para tí, hija mia, es un esposo sin ambicion, que lejos de correr en pos de ilusiones quiméricas, sepa contentarse con una existencia pacífica y tranquila, porque solo en ella estriba la verdadera felicidad. En mi mano estaba si hubiera querido rodearte del prestigio y brillo de la riqueza... porque mi caudal, como ya sabes, puede rivalizar con el de las primeras casas de Alemania. Pero estimo el dinero en lo que vale, en poca cosa. Ciertamente su valor es apreciable cuando le empleamos en socorrer al infeliz que padece, pero no hay cosa mas despreciable si solo sirve para halagar y dar pábulo á las pasiones de los hombres! He ocultado siempre á Rodulfo la noticia de mis riquezas, porque podian pervertirle despertando en él ideas de ambicioso.

Estela. Y porque querias que yo fuese amada por mí sola, y no por mi dinero. Oh! has hecho bien en no decirle nada.

Herman. Mas tarde entrará en posesion de todos mis bienes, y sabrá hacer de ellos un uso noble y digno. ¿No es verdad, doctor Frank?

Frank. Verdad es. (*Continúa su lectura.*)

Herman. Hasta entonces, Estela, no hay que decirle una palabra sobre este asunto.

Estela. Seré muda como tú amigo el doctor Frank. Mírale, padre mio! Cualquiera le tomaria por la estátua del Silencio. Jamás contesta mas que una sola palabra. Cuando deja oir dos es un favor insigne, una maravilla... y aun esa licencia solo se la toma contigo.

Herman. Saber callar, no es virtud que á todos les es dada, hija mia.

Estela. Callar alguna vez...; un rato.... no digo que no.... pero siempre!...

Herman. Es sistema con el cual no te avendrias?

Estela. Yo? no hablar!... Ay!... me mataban... me faltaria la resignacion en seguida.

Herman. Pues sin embargo, ya ves que el amigo Frank no se ha ahogado todavía por eso? Y para qué necesito yo tampoco que hable? no sé que tengo en él un amigo fiel é invariable, dispuesto á probármelo en cualquier ocasion?

Frank. Sí.

Estela. (*Yendo á cojerle la mano con efusion.*) Oh! ni yo lo he dudado nunca... sé la sincera amistad que te profesa, el cariño que me tiene, y si á veces me atrevo á dirigirle alguna chanza, es porque estoy cierta de que no me guarda ojeriza por eso.

Frank. (*Con benevolencia.*) No. (*Ruido dentro.*)

Estela. Oh! esta vez sí que no me equivoco... ya está aquí.

Herman. Quién?

Frank. (*Sonriéndose.*) Rodulfo. (*Vuelve á su lectura.*)

Estela. (*Saltando al pronto de gozo y reprimiendo en seguida su alegría para tomar un aspecto grave.*) Iba á olvidar que estoy muy enfadada.

ESCENA II.

FRANK. ESTELA. DIGDIG, *cargado de chismes de pesca.* RODULFO. HERMAN.

Digdig. Gran batalla hemos ganado!... Estar pescando toda la mañana para sacar tres carpas... y una ostra.

Estela. Por fin tenemos la dicha de veros hoy! (*Con ironía.*) No es poca suerte.

Rodulfo. (*Admirado de la acogida de Estela.*) Querida Estela...

Estela. Me teneis muy enojada. (*Herman va á sentarse á la derecha, y se pone á leer con indiferencia.*)

Rodulfo. Perdonadme... si supiérais...

Estela. Perdonaros!... no faltaba mas... hace dos horas que me devano los sesos para ponerme furiosa contra vos.

Rodulfo. (*Con pasion.*) Estela, no me digais esas cosas.... he hecho mal en dejaros, verdad es... pero la culpa no ha sido mia. (*Sonriéndose.*) Tenia que satisfacer una venganza.

Estela. Una venganza!

Digdig. Y contra quién direis?... Contra unas anguilas.

Estela. Contra unas anguilas!

Digdig. Si señora, ese pescado de mal agüero me ha perseguido en sueños toda la noche. Figuraos que os hallábais

en el dia de la bendicion nupcial, vos con una corona blanca en la cabeza, y él con su enorme chorrera de batista; cuando en lo mejor de la ceremonia veo lanzarse de repente hácia vosotros un regimiento de anguilas que empezando á coletazos con los asistentes, agarran á éste por un pie, al otro por el pescuezo, y se enroscan en sus cuerpos hasta quitarles la respiracion. Yo tambien debia hallarme en tan terrible trama, porque empecé á dar voces desaforadas, y abrí los ojos gritando: «mueran las anguilas.» A los gritos se despertó mi amo, yo le contó mi sueño, y como era muy de mañana y nadie habia levantado, cogió las redes y echamos á andar. Yo llevaba intenciones de traerme todo el rio en los bolsillos; pero los viles acuáticos han huido de espanto á mi llegada, porque no traemos mas que tres carpas y una ostra. (*Se los enseña.*)

Estela. (*Sonriéndose.*) Todo eso!

Rodulfo. Es lo único que hemos podido sacar.

Digdig. No; la ostra es chica, pero las carpas son muy hermosas.

Herman. (*Riendo.*) Vamos, vamos, no hay por qué reprenderlos, despues de semejante espedicion.

Estela. (*Idem.*) Otra vez, caballerito, procurad que vuestra venganza dure menos tiempo. Tú, Digdig, debias habérnosle traido.

Digdig. Yo bien queria hacerlo, señora, pero mi amo no me escuchaba. Se puso á hablar con el rio... Si viérais qué cosas le decia... le decia!... Vamos, no lo sé, porque con el ruido de la corriente, no me puse al corriente de la conversacion.

Estela. Y qué es lo que decia mirando correr el agua Rodulfo?

Rodulfo. Lo que uno puede decir al agua que corre! «Oh rio limpio y caudaloso, le decia, qué dicho eres!... nada puede detener tu curso vagabundo, oh rio! Vas y vas siguiendo siempre tu camino!... no! mudas á tu antojo de cielo y de paises... atraviesas los campos, las grandes ciudades!... ya manso y cristalino; ya crecido é impetuoso luchas con la tormenta, te sales de cauce, derribas los obstáculos... hasta que al fin tus aguas van á mezclarse altaneras con las ondas del Océano!... Ah! dichoso eres, rio! cuán dichoso eres!»

Frank. (*Que le ha escuchado aparte.*) Locura!

Estela. Perfectamente. Es decir, señor mio, que en el cambio es en lo que veis la felicidad de esa corriente que se dirige sin cesar hácia nuevos paises!

Rodulfo. (*Cortado.*) No digo eso... no vayais á creer... esa invocacion era resultado de una noche de insomnio... de una noche de pesadilla... y de anguilas, como ha contado Digdig.

Estela. (*Aparte.*) Oh! es preciso que se esplique; me oculta alguna cosa. (*A su padre.*) Ya lo has oido... qué dices tú del desórden de sus ideas? (*Habla bajo con Herman.*)

Rodulfo. (*Reparando en Frank.*) Hola! estaba aqui el doctor Frank. (*Yendo á él.*) No os habia visto... buenos dias, doctor.

Frank. (*Sin volver la cabeza.*) Buenos dias.

Rodulfo. Qué tal va?

Frank. Bien.

Rodulfo. Yo siempre para serviros.

Frank. Gracias.

Digdig. (*A Rodulfo.*) La lengua del doctor debe durar mucho tiempo, porque rara vez la desenvaina.

Herman. Rodulfo, entrarás á mi despacho con Estela. Quiero leerte los artículos del contrato.

Rodulfo. (*Turbado.*) El contrato?... ah!... sí... los artículos del contrato de boda.

Estela. (*Bajo á Herman.*) Lo veis?... se ha turbado.

Herman. (*A Estela.*) Yo averiguaré si son fundados tus temores. (*Alto.*) Quereis acompañarnos, doctor? Tal vez necesitemos de vuestros consejos.

Frank. (*Levantándose.*) Vamos.

Digdig. Yo voy á ver si está todo dispuesto para celebrar dignamente las bodas de la señorita Estela.

Estela. En tanto que se celebran las tuyas con Betty, no es esto?

Digdig. Cómo?... sabeis...

Estela. Todo. Betty es mi hermana de leche, y he prometido darla el dote.

Digdig. El dote!... ah!... señora...

Herman. Estela, á tí esperamos.

Estela. Ya os sigo, padre mio. Vamos. Rodulfo, no me dais la mano?

Rodulfo. (*Volviendo de su meditacion.*) Yo, Estela... ah!

perdonad. (*Le da la mano distraido.—Vanse todos menos Digdig.*)

ESCENA III.

DIGDIG. *Solo.*

Ya tiene dote !... es lo único que faltaba para casarnos con esa picara de Betty, que me ha hechizado... Ni duermo ni sosiego... hasta el apetito se me ha disminuido, porque aunque todavia hago muy bien mis cuatro comidas, no tomo nada en los intermedios... al paso que antes estaba siempre picando de aqui y de alli un par de magras, media docena de chuletas... nada, hacer boca hasta la hora de comer algo sólido... Hay hombre mas infeliz!... Y luego yo creo que estoy tocado !... tocado ni mas ni menos que mi amo y señor !... Ese si que está de peligro !... Reniego del amor !... Oh ! Betty, tesoro de gracias !.... dónde estás, que no vienes á ver á tu tórtolo !... Oigo ruido. Si será ella !.... (*Va al foro.*) Si, ella es. (*Viéndola entrar.*) Qué muger tan manuable !

ESCENA IV.

DIGDIG. BETTY.

Betty con un cestillo de quesitos de nata que deja en el suelo.

Betty. Buenos dias, Digdid.

Digdig. Je ! je ! je !... yo no sé lo que me da cuando la veo asi con esa cara de risa, y esos ojillos retozones !... Buenos dias, Betty. (*Cogiéndola de la mano.*) Sabeis que me da gana de castigaros por haber tardado tanto en venir á ver al pobrecito Digdig.

Betty. Castigarme ?

Digdig Si, con un beso en ese hoyuelo que pudiera servir de nido al mismo Cupido.

Betty. Vos ?

Digdig. Si por cierto, y en prueba de ello... (*Quiere besarla.*)

Betty. (*Dándole un bofeton.*) Arre allá !...

Digdig. (*Echándose mano al carrillo.*) Oh ! ea... ya empeza-

ron los torniscones!... Qué virtuosa es, qué virtuosa!.. Betty tiene una virtud y una muñeca exageradamente sólidas!... un pescozon vuestro descuella entre todos los bofetones... como vos entre todas las mugeres... Sois larga de todo.

Betty. Y vos un atrevido... Oh! algun dia os he de dar alguno que os ha de escocer.

Digdig. No, si ya me escuece... hacedme el favor de ponerlo en duda.

Betty. Me alegro.

Digdig. Sí... Pues bien!... no sabrás una buena noticia que tenia que daros... y os concierne.

Betty. (*Mirándole.*) Una buena noticia!... Ay! decidme qué es, señor Digdig... Vamos á ver, contádmelo... qué es?

Digdig. Habrase visto la zalamera!... No... no he de despegar los labios. Si no me hubiérais dado ese descomunal bofeton, os hubiera dicho que la señorita Estela ha tomado á su cargo unirnos y dotarnos, pero no lo sabreis... ahí teneis lo que ganais con darme bofetones.

Betty. (*Saltando de alegria.*) Un dote... un dote!... para mí!... qué buena es la señorita Estela.

Digdig. Eh! quién os ha dicho eso? Con que lo sabíais?

Betty. (*Dándole golpecitos en el carrillo.*) Pobrecito Digdig!... Mira, ahora siento haberte pegado tan fuerte.

Digdig. De veras?... pues buen remedio. (*Acercándose.*)

Betty. (*Dando siempre, pero mas fuerte.*) Pero si está convidando este carrillo á descargar la mano.

Digdig. (*Desviándose.*) Aparta.

Betty. Con que deciais que la señorita Estela...

Digdig. Me ha prometido darte una dote... Eh? que tal, Betty?... Cuando nos veamos nosotros con la dote!... qué bueno si en casándonos no tuviésemos que hacer mas que comer bien y dormir bien.

Betty. Cómo? ya pensais en comer y en dormir? Eso está muy feo.

Digdig. Feo, poder hacer cinco comidas al dia y comer buenos platos. Oh!... si llego á ser rico, cómo me voy á poner de jamon!... jamon!... me muero por el cerdo!!

Betty. Ea, ea, quitad allá, sois un gloton! Pero ahora que hablamos de comida, voy á llevar á la señorita Estela estos quesitos frescos que acabo de hacer para ella. (*Coge el cestillo.*)

Digdig. A ver... Oh! y aquel está en una cestilla de mimbres, en forma de corazon! Caramba!... qué buenas trazas tiene!... Se me viene el agua á la boca! Calla, y huele á tomillo. (*Oliendo el quesito.*)

Betty. Pues si os gusta el olor, tomad. (*Plantándole el queso en las narices.*)

Digdig. (*Riéndose con la nariz llena de blanco.*) Ah! bribona! ah! vaya una chanza!

Betty. (*Riendo.*) A Dios, goloso... ja... ja... ja... (*Vase.*)

ESCENA V.

DIGDIG. *Poco despues* RODULFO.

Digdig. Oh! la taimada!... bonito debo estar con una nariz de nata. (*Pasándose la lengua por los labios.*) Calla! y me llegó... no está malo!... Como soy que no está malo. (*Ruido dentro.*) Oigo á mi amo... (*Limpiándose la cara con el pañuelo.*) Qué lástima que esto se pierda!

Rodulfo. (*Sale sin ver á Digdig hablando consigo mismo.*) Ya no es posible retroceder... esta misma noche tendré que renunciar para siempre á mis ensueños de felicidad, á mis ilusiones!... No sé por qué desde que me doy por casado me parece que me han echado una carga de años encima.

Digdig. Ea!... ya está hablando solo; vamos á sacarle de su ensimismamiento. (*Alto.*) Señor Rodulfo...

Rodulfo. Qué hay, Digdig?

Digdig. Espero que ya habreis llegado al colmo de vuestros deseos... Venís de dejar corrientes los artículos del contrato?

Rodulfo. He llegado al colmo... verdad es, Digdig, pero no al colmo de lo que tú crees! Voy á casarme!... Qué efecto produce esta palabra en tí, Digdig? Porque tú posees una actividad de inteligencia tan grande como la de tu estómago... no eres tan rudo como quieren suponer.

Digdig. Vuestra bondad os hace mirarme con buenos ojos, señor.

Rodulfo. No, no Digdig... hay veces en que no eres del todo estúpido... Con que vamos, qué te parece?

Digdig. Pues señor... á mí me parece que si no estais contento... sois soberanamente difícil.

Rodulfo. Tú diste con la palabra, Digdig... Soy soberanamente difícil... Has puesto el dedo en la llaga.

Digdig. Porque vamos á ver... no amais á la señorita Estela?...

Rodulfo. (*Con exaltacion.*) Si la amo!... Si amo á Estela, preguntas?

Digdig. No hay que evaporarse, señor!.. Pues siendo así, y reuniendo á esa circunstancia la de que la novia os trae un caudal mas que mediano, debeis esperar que sereis dichoso, y que vivireis contento y tranquilo á su lado.

Rodulfo. Tranquilo!... Sí, eso es!... vivir tranquilo... sin tormentos, sin cuidados; limitarse á ir á caza, á cuidar de mis bienes, á mandar á mis criados; vivir en paz y sosiego, vivir siempre dichoso... Hé ahí lo que me desespera!

Digdig. No lo entiendo, señor... Convenís en que vais á ser dicho... y eso os desespera?... No lo entiendo.

Rodulfo. Digdig, voy á descender al escalon de tu inteligencia para que llegues á penetrar mis pensamientos. Quieres consentir en ser gorrion un instante?

Digdig. (*Haciéndose atrás.*) Gorrion! qué quiere decir eso?

Rodulfo. Sí, gorrion, pardal, gilguero ó canario, lo que mas te guste. Supongamos que eres un gorrion... un gorrion machucho que te gusta el cielo, el aire, el campo.

Digdig. Pero á dónde vais á parar?

Rodulfo. Espera. Un dia tienes la desgracia de que te pillen, y te metan en una jaula diciéndote tendrás cañamones, alpiste, mijo, azúcar, migas de pan, bizcochos para el resto de tus dias... Ahora bien, Digdig, tú, gorrion machucho, te avendrias á esa clase de vida?

Digdig. Que si me avendria? Y tanto que gorrion y todo, me quitaria el sombrero, saludaria muy cortesmente al que tal me dijese, y le contestaria: señor mio, muchísimas gracias; celebraré que viva usted mil años; sepa que no da con ningun gorrion desagradecido &c. &c. Que si me avendria? Pues no? así podria comer todo el dia á dos carrillos, quiero decir, á dos picos, y me veria libre de que los cazadores me deshiciesen de un tiro, y los muchachos me atontasen de una pedrada ó me perniquebrasen atándome un bramante á una pata. Sí, y mil veces sí

que me avendria! (*A este tiempo aparece Frank por el foro, y escucha sin ser visto lo que dice Rodulfo.*)

Rodulfo. Eres un menguado! Pues bien, yo al que tal me dijese le responderia así: Idos al diablo con vuestros obsequios y regalos, si habeis de tenerme siempre encerrado; prefiero estar suelto y arrostrar las piedras de los muchachos, el plomo de los cazadores. Para apreciar la abundancia quiero pasar hambres y sed. Para gozar las dulzuras de la vida pacífica y tranquila... quiero vivir errante, perseguido... para desear del sol necesito sufrir tempestades... En fin, necesito disfrutar de la vida... sentir emociones diversas... ver el mundo.

Digdig. Pero señor, comer mucho, beber bien y dormir mejor, no son tambien emociones?

Rodulfo. Eso es gula y glotonería, Digdig... Cuando un hombre es jóven, ardiente y apasionado como yo, y no ha visto mas mundo que este rincon de Alemania, en el cual vivimos oscurecidos y olvidados... siente en su alma la necesidad de variar de objetos... necesita otro aire, porque el que respira no le basta. Su imaginacion se dispara y se pierde en los espacios... Mira, hay veces que yo sueño despierto y me creo rico... muy rico... vivo en una gran capital... gasto un lujo desenfrenado, tengo mucho dinero, mucho! apaleo el oro... el oro, rey del universo... Tengo tanto que puedo tirarlo.... Quieres oro? toma. (*Digdig apara en las manos.*) Oh!... si vieras cómo yo comprendo la pasion de las riquezas!... Otras veces, Digdig, sueño que me hallo en Oriente, en un serrallo, y en vez de la modesta y única muger que las leyes nos conceden, tengo ciento!... doscientas bayaderas que bailan delante de mí con ademanes y posturas graciosas el paso de los Chales en medio de flores, aromas y perfumes!... Oh!... las mugeres!... las mugeres!...

Digdig. No necesitais mas que doscientas!... angelito!

Rodulfo. (*Paseándose con agitacion.*) Otras veces mi imaginacion me transporta á los campos de batalla... eclipso la gloria de Cárlos XII... me bato como un leon... me apodero de las banderas enemigas... pongo en dispersion á mis contrarios!... Oh!... el dinero... la gloria... las mugeres!... Qué encantos tienen para mí estas tres pasiones. Habré de contentarme con vivir aquí ahogado en esta reducida ciudad, en esta modesta casa, sin zozobras, sin

cuidado alguno, y pasaré una existencia pacífica, dichosa!... hé aquí la suerte que me reserva mi estrella... mi desgraciada estrella, Digdig. (*Frank entra en el cuarto de Herman sin ser visto.*)

Digdig. (*Con rechifla.*) Si señor, sí, sois muy desgraciado.

Rodulfo. Tú no puedes comprender lo que pasa en mí... no tienes corazon, no tienes sangre en las venas.

Digdig. Que no tengo corazon!... Otra cosa diriais si le oyérais hacer ti... pi... ti... pi... ti... tipitipiti... cuando estoy al lado de Betty; y por lo que hace á la sangre, sabed que el otro dia me cruzó la cara por cierta tentativa y arrojé un caño por las narices, lo cual es una prueba cierta de que no tengo sangre en las venas.

Rodulfo. (*Sin escucharle y consigo mismo.*) Pensar que puedo hacer á Estela desgraciada!... á mi Estela, á quien amo tanto... y no poder refrenar estas pasiones malditas!

Digdig. Chito, señor, que viene vuestra futura: con tal que no os haya oido... lo que dijisteis sobre todo respecto al capítulo de las doscientas mugeres.

Rodulfo. Silencio: déjame con ella.

Digdig. Por Dios, señor... mirad que os veo muy malo de la cabeza.

Rodulfo. Anda, anda. (*Vase Digdig.*)

ESCENA VI.

RODULFO. ESTELA.

Rodulfo. (*Aparte.*) Hagamos por ocultar lo que pasa en mi alma.

Estela. (*Con cariño.*) Rodulfo, me alegro de hallaros solo, porque deseaba hablar con vos un instante.

Rodulfo. (*Algo turbado.*) Decid lo que gusteis, Estela.... nunca mejor que en este instante; dentro de algunas horas estaremos unidos para siempre; firmado el contrato ya no es posible volverse atrás.

Estela. Os asusta la idea de contraer tan grave obligacion por ventura?

Rodulfo. Asustarme!... oh!... no! Harto (*Aparte.*) cierto es por desgracia.

Estela. (*Con firmeza.*) Rodulfo, á vos os pasa algo de estraordinario; (*Rodulfo quiere hablar.*) no lo negueis; hace

algunos dias que estais triste y taciturno, y aun ahora mismo las palabras que os dirijo parece que os cansan, os molestan, y en vano os esforzais para ocultar vuestra turbacion.

Rodulfo. Pues bien, sí, Estela, sí, es verdad, no debo ocultároslo por mas tiempo... no soy el mismo!... me hallo dominado por un poder diabólico que me persigue y me acosa sin descanso... siento en la cabeza un tropel de ideas que se cruzan y se confunden ofuscando mi razon... y lo que asi me trastorna, ese miedo, Estela... si lo habeis adivinado me asusta la idea de no haceros dichosa... dichosa como mereceis serlo... dudo de mí... temo pareceros raro, caprichoso, indigno de vos. Oh Estela!... no haceros dichosa!... á vos, á quien amo tanto!... me tendria por un miserable.

Estela. (*Con alegria.*) Qué oigo!... Y es ese solo el motivo de vuestra tristeza?

Rodulfo. El único... os lo juro... os lo juro: por quién quereis que os lo jure?

Estela. No, Rodulfo: nada de juramentos. Veo que hacia mal en dudar de vuestro cariño... no temais ya por mi felicidad. Amándome vos, el porvenir se me presenta risueño y venturoso.

Rodulfo. El porvenir!... esa palabra es inmensa, Estela?.. El porvenir!...

Estela. Qué hay en ella de terrible para nosotros? No no hallamos al abrigo de los caprichos de la suerte? Qué envidiable existencia va á ser la nuestra:.. Vednos desde por la mañana perplejos en la eleccion de nuestros goces! Unas veces en fogosos palafrenes iremos á recorrer nuestras risueñas campiñas, y descansaremos en la granja, donde la buena Betty nos tendrá dispuesto un frugal desayuno.

Rodulfo. Sí, sí, eso es muy campestre y muy hermoso.

Estela. Otras, siguiendo vuestro gusto por la pesca, desatrancaremos la barca, nos dejaremos llevar poco á poco por la corriente, tendereis vuestras redes al pie de los sauces que sombrean la orilla, y alli muellemente recostados en nuestra góndola...

Rodulfo. (*Con fingido entusiasmo.*) Cantaremos una barcarola italiana para llamar los peces.

Estela. Y regresaremos alborozados á nuestra morada con el producto de nuestra pesca.

Rodulfo. Y nos habremos divertido mucho.

Estela. En lo restante del dia dedicaremos algunas horas á la música.

Rodulfo. Cantaremos duos.

Estela. O me hareis valsar.

Rodulfo. Es verdad, tambien tenemos esa...

Estela. Y al dia siguiente, igual dicha, igual recreo, siempre lo mismo.

Rodulfo. Siempre lo mismo. (*Aparte.*) Qué gusto!

Estela. (*Con ingenuidad.*) Y hemos olvidado una cosa.... nuestros paseos de noche.

Rodulfo. Ah! sí... (*Aparte.*) Para no desperdiciar nada.

Estela. En las hermosas noches de verano, á la luz de la luna... bajo las frondosas alamedas de nuestra granja, solos los dos...

Rodulfo. (*Con alegria verdadera.*) Si, sí, solitos los dos.... Esto ya es mas interesante. (*Aparte.*)

Estela. Yo me cogeré de vuestro brazo asi.

Rodulfo. (*Estrechando el brazo que le ha dado Estela.*) Oh!. sí!... apoyaos... apoyaos... Pues no habia pensado en esto. (*Aparte.*) Alli, al tibio resplandor de la luz, (*Alto.*) al ligero rumor de las cimas de los árboles, mecidas por la brisa, al suave murmullo de las aguas del rio, pasaremos las breves horas de las noches de estío, hablando de nuestro amor y... de nuestro amor!

Estela. Y si por acaso algun ruido repentino viniese á asustarme, á turbar nuestro contento...

Rodulfo. Yo, para tranquilizarte, para darte valor te estrecharé en mis brazos... asi... (*La abraza.*)

Estela. (*Separándose de él.*) Qué haceis?

Rodulfo. (*Con alegria.*) Oh! yo era un loco en alimentar vanas quimeras... no hay verdadera dicha sino á vuestro lado, Estela. Sí, seremos felices... seremos esposos constantes y enamorados. A qué correr el mundo en busca de la felicidad cuando la tengo aqui!

Estela. Asi pues, ya no mas tristeza!... no mas temores exagerados.

Rodulfo. Nada mas que amor!... amor constante y eterno. Estela, ahora bendigo este dia, en que debemos unirnos para siempre.

ESCENA VII.

RODULFO. HERMAN. ESTELA.

Herman. (*Que ha oido las últimas palabras.*) Ese dia no es llegado aun, Rodulfo.

Rodulfo. Qué quereis decir?

Herman. No, Rodulfo, no podeis uniros ya.

Estela. Padre mio!

Rodulfo. Y por qué?

Herman. Porque Rodulfo va á partir esta misma noche.

Estela. Partir!... él!...

Rodulfo. Es imposible!

Herman. Estela, he descubierto el secreto de Rodulfo... he averiguado la causa de su melancolía... los sueños de su imaginacion exaltada.

Rodulfo. (*Cortado.*) Cómo?

Herman. Sí, todo lo sé... Creia que el estudio y mis sabios consejos habian apagado en tu alma el fuego de las pasiones... esperaba verte feliz con nuestra pacífica existencia; pero te has dejado arrastrar por tu imaginacion, Rodulfo: necesitas respirar un aire mas vivo, necesitas ver el mundo, en fin, para apreciar la felicidad que te espera en estos sitios... ahi tienes la razon por qué he resuelto tu marcha; he dado las órdenes necesarias, y ya todo está dispuesto... Digdig te acompañará.

Estela. Partir!... él!... Pero vos no habeis pensado en mí, padre mio!

Herman. No he pensado mas que en tí, hija querida... Rodulfo no te haria dichosa en el dia.

Rodulfo. Vos ignorais que Estela acaba de desvanecer con una palabra esos delirios de que hablais.

Herman. Y quién me responde de que los mismos deseos no volverán á acometerle mas vivos y mas imperiosos? Esta mañana, sin ir mas lejos, tú mismo temias por la felicidad de mi hija... Obedece pues, yo te lo mando... Con esa sola condicion puedes esperar aun la mano de Estela.

Rodulfo. Obedeceré, señor, obedeceré... El mayor castigo que podiais imponerme es separarme de Estela... Oh!... sí!... me marcharé para merecerla algun dia.

Estela. Y él consiente! Ah! qué desgraciada soy!

Herman. Valor, hija mia, serenidad... Algun dia aproba-

rás lo que ahora hago... Vamos, Rodulfo, es preciso prepararte. Ven.

Rodulfo. Ya os sigo. (*Vanse.*)

Estela. Ah!

ESCENA VIII.

ESTELA. *Poco despues* BETTY.

Estela. Se aleja sin decirme nada! Cuando tal vez no le volveré á ver!... Oh! no tengo fuerzas para soportar este golpe.

Betty. (*Sale llorando.*) Mi pobrecito Digdig! Ah! señorita Estela... si supiéseis... se marchan!... se marchan!.... nos dejan.

Estela. (*Sentada á la izquierda en el sillon de Frank.*) Lo sé todo, Betty.

Betty. Que el señor Rodulfo se vaya ahora á correr tierras si le ha dado esa manía... pero por qué se ha de llevar al pobre Digdig, que es tan cómodo, y justamente cuando yo iba á entrar en su posesion.

Estela. Soy yo acaso menos digna de lástima que tú, Betty? Mañana debia ser esposa de Rodulfo!

Betty. Vamos, es una atrocidad. Y el caso es, que ya está la silla dispuesta y los caballos enganchados con Digdig, que va de postillon. Pobrecillo! miradlo qué facha está.

ESCENA IX.

ESTELA. BETTY. DIGDIG *de postillon ridículo.*

Digdig. (*Jipando.*) Ay! Betty!

Betty. (*Idem.*) Ay! Digdig!

Digdig. (*Idem.*) Me voy á marchar. (*Serenándose de cuajo.*) Me serás fiel?

Betty. Y tú?

Digdig. (*Llorando otra vez.*) Haré lo posible.

Betty. Cuidate bien... no comas mucho... Perder un hombre de esa estampa!... Ay! yo me ahogo!

Digdig. Pues y yo! una muchacha tan espigada. Vamos, siento que me sube un mar de lágrimas á los ojos... ya sale... ya sale... ah!... ah!... ah!... (*Sollozando estrepitosamente.*)

Betty. Ay Dios mio! aqui vienen todos!

Herman. (*Dándole á Rodulfo un bolsillo, papeles* &c.) Ya vas enterado... no olvides mis consejos. (*Continúa hablando como para darle instrucciones.*)

Estela. Cielos!

Rodulfo. (*Dirigiéndose á Estela.*) Estela, sea cual fuere el éxito de mi viaje, jamas os olvidaré. (*Estela, sofocada por los sollozos, le da la mano, que él besa y se retira.*)

Estela. Dios mio! qué idea!... Sí, estoy (*Aparte.*) decidida... No llores, Betty, no llores, los volveremos á ver pronto... Pero á quién confiarme?... Quién me aconsejará?

Frank. (*Que la ha escuchado acercándose á ella.*) Yo. (*Rodulfo da la mano á Frank, despues á Herman y se va.*)

Estela. Vos?

Frank. (*Con el dedo en la boca.*) Silencio.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

EL DINERO.

El jardin del Palacio real de París tal cómo estaba en 1718. A la izquierda, una fonda de lujo; casa de juego en el piso principal; al lado opuesto, mesas, sillas entre los árboles &c.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparecen vendedores y marqueses, maravillosos de la época y otras gentes paseando.

DIGDIG *solo en una mesa de la izquierda junto á la fonda entre una botella de Champagne y otra de Burdeos, bebiendo de las dos alternativamente. En otra mesa, á la derecha del proscenio,* RODULFO, FLORINDA, UN ABATE, UN MARAVILLOSO, EL MARQUES. RODULFO, *magnificamente vestido, tiene prendida la servilleta y da muestras de estar acalorado por el vino.* DIGDIG, *vestido de jockey de la época, debe estar mas gordo que en el primer acto.*

Rodulfo. (*Tirando su servilleta al mozo que trae la cuenta.*) Mozo! Venga mas Champagne. (*El mozo se va.*)

Digdig. (*Con una botella y un vaso de Champagne en la mano; está algo achispado.*) Sí, mas Champagne! que nos ahogamos.

Rodulfo. Amigos, vivan los vinos de Francia! (*Bebe.*) Viva el Palacio real! y viva París, que es la ciudad del cielo!

Digdig. Sí, viva esta tierra de pipinpao..! Viva París! viva todo!

Rodulfo. (*Levantándose: los demas le imitan.*) Ciudad de delicias, donde se encuentran mugeres fieles. (*Besando la mano á Florinda.*)

Florinda. Rodulfo mio! (*Aparte.*) Qué cándido!

Rodulfo. (*Continuando la frase, y dirigiéndose al marques.*) Y amigos complacientes, amigos verdaderos, no es verdad, marques? (*Dándole la mano.*)

Marques. Te lo tengo dicho; amigos en vida y en muerte! (*Bajo á Florinda.*) Me parece que el aleman empieza á ver los objetos dobles.

Florinda. El Champagne es el único vino para hacerse ilusiones. (*Idem.*)

Marques. Ha sido una comida deliciosa; Rodulfo, te has portado como quien eres.

Rodulfo. Ah! marqués! esos elogios me conmueven! no prosigais sino quereis enternecerme!—Amigos mios, no sé en qué consiste, pero me parece que os habeis aumentado! Veo dos Florindas..! Sí, divina bayadera de la ópera, soy dos veces ciego admirador de vuestros encantos! (*Queriendo hacerse el galan.*) Y como os veo doble, estoy obligado á amaros como cuatro.

Todos. (*Riendo.*) Ja! ja! ja! muy bien.

Florinda. Ya sé que sois hombre de talento, caballero.

Marques. Se pierde de vista. (*Aparte.*) Qué ganso!

Rodulfo. Es lisonja... Vamos, señores, el espumoso *aix* nos está esperando; ocupemos nuestros asientos.

Abate. Dice bien el amigo Rodulfo.

Florinda. Rodulfo siempre dice bien.

Marques. Es un modelo que debemos imitar todos por su delicado gusto, su elegancia... (*Florinda y los otros van á sentarse á la mesa haciendo rechifla.*)

Rodulfo. Basta, señores, basta; me sonrojais. (*A Digdig.*) Qué tal? cómo me estiman...! Y Florinda? has visto lo que me quiere?

Digdig. La verdad es, señor, que hemos dado con una caterva de amigos á cual mas comedores y serviciales, y por lo que hace á la niña... oh! es bocado de príncipe! raso desde los pies á la cabeza! y por la noche cuando baila en el teatro aquellos bailes, con aquellos vestidos de gasa tan recogidos y tan trasparentes! oh! es una alhaja... podemos vanagloriarnos que llevamos una vida (*Metiéndose un bocado.*) á qué quieres boca!

Marques. (*Que ha servido el Champagne.*) Vamos, qué esperais, Rodulfo?

Rodulfo. Soy con vosotros, amigos mios..! vuelvo á ocupar mi asiento al lado de mi Silfida! (*Beben.*)

Digdig. Pícaro París! (*Siempre en el mismo sitio y echándose muchos tragos.*) Y á mí me prueba que es un contento... Voy engordando á ojos vistos..! (*Con risa de hombre achispado.*) Habrá... habrá país mas pícaro.

Marques. A la salud de Rodulfo! (*Bebe.*)

Todos. A la salud de Rodulfo!

Digdig. (*Chocando un vaso de Champagne con otro de Burdeos.*) A la salud de Digdig! á mi importante salud!

Rodulfo. (*Bebiendo.*) A la vuestra, señores.

Florinda. (*Despues de haber bebido.*) Espero que vendreis á verme bailar esta noche?

Rodulfo. Si iré..? no hemos de cenar juntos?

Florinda y *Marques.* Convenido.

Digdig. (*Levantándose.*) Qué diablos tengo en las coyunturas? Siento una flojedad en las corvas. (*Las dobla bajando el cuerpo de una manera ridícula.*) Calla!... y allí abajo estan bailando... qué paso se dan..! Parece que andan los árboles..! y las casas tambien..! anda! anda! vaya un jaleo!! (*Vuelve á sentarse tropezando y cayendo.*)

ESCENA II.

DIGDIG *en su mesa.* BETTY *de barquillera.* ESTELA *de saboyana con la gaita ó instrumento que usan los montañeses de su país.* RODULFO *y los otros en el mismo órden sentados á la mesa.*

Betty. Acerquémonos con cuidado.

Estela. Tengo miedo; mírale, allí está.

Betty. Y Digdig tambien.

Estela. Mira, Betty, mira aquella muger.

Betty. Infame!... voy á llenarle de insolencias.

Estela. (*Deteniéndola.*) No, detente, es preciso salvarle.

Betty. Silencio y apartaos: señorita, nos observan.

Estela. (*Tocando el instrumento.*) La saboyana!... Saboyanita!

Betty. Barquillos y bizcochos. (*Pregonando.*) Quién compra? quién compra? tengo para todos los gustos.

Marqués. Mirad, señores, qué lindo par de palmitos.

Betty. (*Bajo á Estela.*) Se hallan en un estado que no hay miedo que nos conozcan.

Digdig. (*Llamando.*) Eh? muchachas!

Betty. Lo que ha engordado el glotón! (*Acercándose y aparte.*)

Marqués. Qué llevas ahí, niña?

Estela. Canciones que vendo baratas.

Digdig. (*Comiendo unos bollos.*) Prefiero los bollos, es mas suculento.

Betty. (*Aparte.*) Qué tragon! ha echado panza! (*Sigue ofreciendo barquillos á la gente que pasea, y desaparece un momento.*)

Rodulfo. (*Mirando á Estela.*) Con que canciones, eh?.... pobre muchacha! poco fruto sacarás de la venta... has elegido mal oficio.

Estela. Malo? no señor; este oficio vale tanto como otro... alivio mis males cantando. El rico me paga, y el pobre en cambio olvida un momento al lado mio sus fatigas y su miseria: tengo himnos y canciones guerreras para el militar; para la niña enamorada, romances y endechas... para el pobre espatriado, la cancion popular de su pais... Canto, en fin, para el pobre y el rico, el plebeyo y el noble, los mozos y los viejos, los sabios y los locos... tengo canciones para todo el mundo.

Rodulfo. (*Columpiándose en la silla.*) Entonces tendrás alguna para mí.

Estela. Eso es lo que no podré decir; pero sí tengo para los enamorados que á un volver de cabeza olvidan sus promesas.

Rodulfo. (*Volviéndose de pronto.*) Eh?

Florinda. Qué teneis, Rodulfo?

Rodulfo. (*Haciendo por parecer risueño.*) Nada, nada.

Marqués. Oyes, saboyana, es eso todo lo que sabes para regalarnos el oido?

Estela. (*Con jovialidad.*) Quereis que os cante alguna cosa?

Rodulfo. Con mil amores: y cántanos alguna alegre, entretenida..: Si no nos diviertes, no te damos nada.

Marqués. Te autorizamos para que sea picante.

Digdig. Sí, sí, alegrillo. Verdecito, verdecito!

Estela. (*Señalando á Florinda con ironía.*) Oh! no me atreveré yo á hacer tal cosa delante de la señora; temo que la salgan los colores á la cara.

Rodulfo. (*A Estela.*) Vamos, canta lo que quieras.

Estela. (*Tañendo el instrumento.*) Cantaré lo mejor que sepa por complacer.

Primera copla.

Rodulfo. (*Pasándose la mano por la frente, como un hombre que empieza á despejarse.*) Es cosa singular... Esta cancion...

Marqués. Es demasiado seria, no es verdad? Basta, chiquita, basta, déjanos.

Rodulfo. No, no; continúa, continúa.

Digdig. Dónde diablos se fue la de los bizcochos? (*Vase en su busca.*)

Segunda cancion.

Vuelve á salir Betty seguida de Digdig.

Rodulfo. (*Cuya conmocion ha ido sucesivamente aumentándose, se levanta.*) Qué recuerdo! á pesar mio me siento conmovido!

Estela. (*Bajo á Betty.*) Ven, Betty, ven. (*Alèjase precipitadamente; Betty quiere seguirla, pero Digdig la coje por el vestido.*)

Digdig. Poco á poco, barquillera, venga acá otro ojaldre.

Betty. Ya habeis comido bastante. Soltadme.

Digdig. Yo quiero ojaldre.

Betty. No hay mas. Soltadme la saya os digo.

Digdig. Pues venga sino un suspiro de monja.

Betty. Un suspiro? tomad. (*Dale un bofeton para obligarle á que suelte el vestido y se va corriendo.*)

ESCENA III.

DICHOS, *menos* ESTELA *y* BETTY.

Digdig. Hui! qué cachete! esta mano no me es desconocida!

Rodulfo. Esa voz... sí, oh! es como ella cantaba!

Digdig. Así es como ella sacudia!

Rodulfo. (*Levantándose y buscando á Estela.*) Pero, qué es esto? dónde está? Digdig, dónde está?

Digdig. Quién? la del suspiro de monja?

Rodulfo. No, la saboyana.

Digdig. Se eclipsaron, señor.
Rodulfo. Y no has hallado alguna semejanza...
Digdig. Maravillosa, sobre todo en la estampacion.
Rodulfo. Con quién?
Digdig. Con un bofeton muy conocido mio.
Rodulfo. Majadero!
Marqués. (*Levantándose y yendo á Rodulfo.*) Qué es eso, Rodulfo? qué teneis?
Rodulfo. (*Recobrando su alegría.*) Qué tengo? nada, amigo mio.
Florinda. Parece que la saboyanita os ha hecho alguna impresion.
Rodulfo. A mí? qué locura!
Digdig. La otra es la que ha hecho impresion en mi carrillo. (*Aparte.*)
Rodulfo. (*Aparte.*) Soy un necio en suponer siquiera... (*Alto.*) Ya sabeis que yo no tengo ojos mas que para mi Tersícore.
Florinda. Quiera Dios que digais verdad; porque soy muy celosa, os lo prevengo.
Marqués. Quién habia de dudar del corazon de nuestro buen Rodulfo? acaso ha negado nunca el menor favor á sus amigos?
Abate. Nunca.
Marqués. Su bolsillo ha estado siempre á nuestra disposicion.
Florinda. Oh! lo que es respecto á eso no se puede negar que tiene el corazon en la mano.
Rodulfo. Quisiera, amigos mios, hallarme en estado de complaceros siempre en ese punto, que es para mí una dicha.
Marqués. (*Dándole la mano.*) Asi me gustan los hombres! y pues eres tan dichoso cuando sirves á un amigo... llena el colmo á tu felicidad: préstame cincuenta luises.
Digdig. (*Aparte.*) Vaya un gorron que es el tal marqués!
Rodulfo. Marqués, mayor gusto tendria en poderte prestar doscientos.
Marqués. Cómo?
Rodulfo. Pero me hallo á la cuarta pregunta por este momento.
Marqués. No está ahí tu apoderado?
Rodulfo. Yo jamas he tenido apoderado... Llegué á París

con mil quinientos luises, habrá unos quince dias; tuve la dicha de hacer conocimiento con vosotros... y será todo lo de Dios si me quedan una docena de medallas, cuando mas.

Marqués. (*A Florinda.*) Y nosotros que le creíamos millonario!

Florinda. (*Aparte.*) Qué chasco! Háse visto el pobreton que la echaba de príncipe!

Rodulfo. Pero qué importa que el dinero me falte! no me queda el amor de mi hermosa Florinda, la amistad de mis nobles amigos?

Marqués. (*Con rechifla.*) Oh! sí, sí, quién lo duda.

Florinda. Ay! qué cabeza la mia! se me olvidaba que antes de ir al teatro tengo que hacer en casa.

Rodulfo. (*Oficioso.*) Voy á acompañaros.

Florinda. (*Con frialdad.*) No, Rodulfo, no; eso podría dar que hablar.

Rodulfo. (*Admirado.*) Dar que hablar...

Florinda. Marqués, me dareis el brazo.

Digdig. (*Bajo á su amo.*) Señor, esto me huele á un paso atrás del cuerpo de baile.

Rodulfo. (*Desconcertado.*) Entonces, iré á buscaros esta noche despues de la funcion.

Florinda. No, no vengais... No pienso cenar esta noche.

Rodulfo. Florinda, no os comprendo... ese tono, esa frialdad...

Digdig. (*Aparte.*) Es un cambio de decoracion á la vista.

Marqués. (*Con tono burlon.*) Rodulfo, hasta otro rato.

Digdig. (*Aparte.*) Ahora empieza á conocer mi amo que todos estos eran parientes suyos.

Florinda. Rodulfo, muy buenas tardes. Sed económico, amigo mio, y ved de no malgastar tontamente los doce luises que os quedan. Venís, marqués?

Marqués. Soy todo vuestro, Incero. (*El marqués habrá sacado el pañuelo y dejado caer una carta que Digdig recoge.*)

Digdig. Incero! (*Aparte.*) Y se ha dejado caer una carta. (*Cogiéndola.*) Para el tonto que se canse en volvérsela.

Tudos. (*Con tono de mofa.*) A Dios, caballero, hasta la vista. (*Vanse riendo.*)

ESCENA IV.

FRANK *en una mesa de la derecha del foro leyendo un periódico que no le deja ver el rostro al principio.* DIGDIG. RODULFO.

Rodulfo. Qué tal, Digdig?
Digdig. Qué tal, señor?
Rodulfo. Qué dices de esto?
Digdig. Y vos?
Rodulfo. Yo que creía en su amistad, en su cariño: necio de mí! me querian...
Digdig. Por vuestro dinero.
Rodulfo. Y ahora me miran por cima del hombro, me rechazan.
Digdig. Eso es corriente; el dinero hace al hombre caballero.
Rodulfo. Has reparado la cortesía que me hizo Florinda al marchar?
Digdig. Perfectamente; una cortesía de «ahí te quedas, mundo amargo»... y despues se fue riendo por lo bajo con el marqués. A propósito del marqués, aqui teneis un papel que se le ha caido.
Rodulfo. (*Cogiéndole.*) Una carta!... la letra de Florinda!... Florinda escribia al marqués... Ah! ah! (*Lee.*) «Querido marqués: haces mal en estar celoso.» (*Interrumpiéndose.*) Querido marqués! y le tutea, Digdig! has visto, le tutea!
Digdig. Sí señor; tú por tú, como Cristo nos enseña.
Rodulfo. (*Continuando.*) «Y mucho menos por un rival tan poco temible como es ese tonto de aleman.» (*Deteniéndose.*) Ese tonto de aleman!
Digdig. Sois vos, señor.
Rodulfo. No tenias necesidad de repetirlo. (*Achuchando la carta.*) Oh! no quiero leer mas!... Infamia de carta!.... (*Guárdasela.*) Ahí lo tienes... sacrifícate luego por una muger!... Arruínate por satisfacer sus menores caprichos... Cuanto mas creido estés en que te ama... cuanto mas desprendido y generoso seas con ella, mas te engañará... mas te detestará. Me lo habian dicho, y yo no lo

creia... Y ese ente del marqués que es mi rival preferido... ese marqués tronado... vil adulador! (*Imitándole.*) «Querido Rodulfo, te portas como un príncipe.»

Digdig. Eso queria decir: «necesito dinero.»

Rodulfo. (*Idem.*) «Es un modelo que debemos imitar todos por su delicado gusto, su elegancia.»

Digdig. Traduccion: «préstame cien luises.»

Rodulfo. Y yo insensato desembolsaba por ella y por el marqués.

Digdig. Desembolsábais por todos.

Rodulfo. Quieres que te diga una cosa, Digdig?

Digdig. No veo el inconveniente.

Rodulfo. Me alegro; me doy por contento de verme arruinado, y llegaré al colmo de la alegría si me quedo sin nada.

Digdig. Es decir, *in albis.* (*Frank baja el periódico que le ocultaba el rostro y escucha.*)

Rodulfo. Me voy desengañando que desear dinero es desear amigos falsos, queridas perjuras! es desear la saciedad, los desengaños!... es llamar alrededor de uno parientes que le acosen, herederos que le cuenten la vida, médicos que prolonguen sus enfermedades... Ah! Digdig, Digdig!... El padre de Estela, al entregarme aquella crecida cantidad el dia de mi marcha, y al encargarme que no reparara en gastar, se llevaba alguna idea.

Digdig. Bien puede ser, señor. (*Frank se levanta y vase.*) De todos modos será una lástima que se nos acaben los cuartos, porque tendremos que renunciar á la vida canonical que llevábamos, y á mi me iba perfectamente con ella. Los manjares delicados y el vino fino me ponian á mi gordo.

Rodulfo. Veo con dolor, Digdig, que de algun tiempo á esta parte no conoces mas Dios que tu estómago... eso es muy chavacano.

Digdig. Al contrario, todos los hombres decentes echan barriga. (*Dándose en la suya.*) Confieso que este es el centro de mis afectos... y si nos quedamos á la cuarta pregunta...

Rodulfo. Cómo ha de ser! viviremos modestamente, sin fausto.. No sé qué daria, sin embargo, por verme aun por algunas horas dueño de este vil metal, solo por el placer de mofarme de esa infame Florinda y sus dignos amigos.

Ah! sí, quisiera poderlos deslumbrar con mi lujo... Por desgracia no me quedan mas que veinte luises.

Digdig. Misera suma! *(Oyese contar dinero dentro de la casa de juego.)*

Rodulfo. (*Asaltado de una idea.*) Ah! no seria malo tentar fortuna.

Digdig. Lo que yo creo es que estais tentado del diablo.

Rodulfo. No, no, el cielo me inspira: acuérdate del refran que dice: desgraciado en amores, afortunado en el juego. Yo soy desgraciado en amores, luego la consecuencia es clara, ó el proverbio es un vil impostor. Encima de la fonda hay un garito... voy á plantarme en él de un salto... El corazon me presagia que he de salir bien.

Digdig. Pero y si perdeis las amarillas que os restan?

Rodulfo. Si pierdo?... nos queda un recurso.

Digdig. Cuál?

Rodulfo. Sentar plaza.

Digdig. Buen provecho!

Rodulfo. Iremos á cubrirnos de laureles.

Digdig. No, á mí no me gusta el laurel mas que en el estofado.

Rodulfo. (*Agitando en el aire el bolsillo.*) Vamos, fortuna, tú puedes hacer que centuplique esta cantidad. Préstame tu auxilio; en tí fio mi suerte. *(Rodulfo entra en la casa de juego, de la cual se le ve á poco abrir el balcon.)*

Digdig. Señor!... señor!... por los gansos del Capitolio!.... por el compañero de San Anton!... por el denton de San Rafael!... No me oye. Siento, á pesar mio, un estremecimiento interior entre cuero y carne... Esponer nuestra reserva... qué imprudencia!... y por recurso despues ir á la guerra... otra imprudencia mayor aun. (*Mirando á la casa de juego.*) Pero él es el que veo; sí, ya está arriba.

Rodulfo. Llevo de un golpe todo lo que me queda. Veinte luises!

Digdig. Misericordia! Si nos quedaremos en cueros?

Rodulfo. (*Saliendo al balcon.*) Digdig, he ganado.

Digdig. Deteneos; la suerte puede cambiar, ya sabeis lo que son las hembras.

Rodulfo. No, estoy de vena.

Voz dentro. Cuarenta luises.

Digdig. Toda la sangre se me va bajando á los talones. La comida se me va á indigestar.

Rodulfo. Otra vez. (*Saliendo otra vez al balcon.*)

Digdig. Qué suerte!

Rodulfo. (*Dentro.*) Llevo otra vez todo el juego.

Voz dentro. Nadie va mas.

Digdig. La ganancia le ciega.

Rodulfo. (*Volviendo á salir.*) La fortuna se ha decidido por mí esta noche: tengo doscientos luises.

Digdig. Plantaos, y bajad corriendo; no hay que hacer tonterías. No jugueis mas, ó somos perdidos.

Rodulfo. Calla, cobarde. (*Entrase.*) Llevo el resto.

Digdig. Otra vez!

Voz dentro. Vuestro es.

Digdig. Ganado! ganado! qué alegría!

Rodulfo. Venga ese oro, ea... todo ó nada.

Digdig. (*Aterrado.*) San Pancracio!... nos va á dejar por puertas, cuando éramos ricos... Las piernas me flaquean... Lo que es el juego... oh! es horrible! horrible!

Rodulfo. Ganado! ganado! (*Dentro.*)

Digdig. Ganado! otra vez!... Lo que es el juego! oh! es divino!... divino!... somos millonarios.

(*Sale Rodulfo de la casa de juego; trae el sombrero casi lleno de monedas de oro; detras de él salen dos jugadores que tambien han ganado, hablando entre sí y con aire risueño; en seguida salen otros dos que han perdido, cari-acontecidos y jurándoselas á Rodulfo.*)

Rodulfo. Seiscientos luises!... atestado de oro... en las manos!... en los bolsillos... en el sombrero... en todas partes!

Digdig. Es posible!... hétenos ricos otra vez! Volveremos á comer buenas cosas! Qué gusto!

Rodulfo. (*Riendo.*) Pobres hombres! los he dejado con un palmo de narices!... ah! ah!... he tenido una suerte insolente.

Digdig. Señor, señor, (*Mirando al foro.*) si no me engaño... sí, ella es... Hácia aquí vuestra Dulcinea, que va sin duda al teatro... El marqués la acompaña.

Rodulfo. De veras? Oh! el oro es un iman que los atrae; hagamos como que no los hemos visto.

Digdig. Hago como que no los he visto...

ESCENA V.

DIGDIG. RODULFO. FLORINDA. EL MARQUES. *Una criada con una caja grande de carton.*

Rodulfo. (*Levantando la voz.*) Lo has entendido, Digdig? (*Cierran el café.*)

Digdig. Perfectamente, señor.

Marqués. (*Aparte desde el foro.*) Rodulfo aquí todavia!

Florinda. Evitemos su encuentro. (*Dan algunos pasos.*)

Rodulfo. (*Con tono enfático.*) Quiero un carruaje magnífico que deje atrás al del príncipe de Soubiee; quiero un tronco tordo canela, y lacayos con librea azul y plata... quiero un volante que haga raya entre los de las casas mas principales...

Florinda. (*Al marqués.*) Qué dice?

Marqués. Está loco.

Rodulfo. (*En el mismo tono.*) Necesito que me busques una casa espaciosa y de buena fachada, una quinta grandiosa... no escasees nada... Toma, ahí tienes oro!... ahí tienes mas!... toma, toma!

Digdig. (*Atestándose los bolsillos de moneda.*) Venga acá, venga acá.

Florinda. Estábamos equivocados. (*Al marqués.*) Qué hemos hecho? (*Oscurece poco á poco.*)

Marqués. (*Bajo.*) Voy á componerlo. (*Bajan hácia el proscenio.*) Qué es lo que veo? Es Rodulfo?

Florinda. Todavia por aquí, amiguito?

Rodulfo. (*Hipócritamente.*) Calle! el marqués! querido marqués mio!... y la hermosa Florinda!... estábais ahí y no os habia visto!... Reniego de mi torpeza. Dónde tenia yo los ojos?

Marqués. Te diré... como estabas vuelto de espaldas...

Digdig. Y como en la espalda no tenemos ojos...

Florinda. Nos hemos venido por palacio real esperando encontraros antes de entrar en el teatro.

Rodulfo. De veras? os habeis tomado por mí esa molestia? cuánta bondad!

Marqués. (*Bajo a Florinda.*) Ya entregó la carta. (*Alto.*) Qué quieres, Florinda no puede vivir sin tí; le pareció que se habia despedido algo bruscamente y estaba pesarosa.

Rodulfo. (*Con afectacion.*) Habrase visto!... qué alma tan bella!... Aquello fue una niñería...

Florinda. Si por cierto... un arrebato de celos con motivo de la saboyana... Pero hice mal en sospechar de vos, no es verdad, Rodulfo? hice mal. (*Le tiende la mano.*)

Digdig. Ay! (*Aparte.*) Qué malito me pongo!

Rodulfo. (*Besándola la mano y aparte.*) Cómo te clavas. (*Alto.*) Pobre Florinda! darse un mal rato por tan poca cosa, y yo que me imaginaba...

Florinda. Qué?

Rodulfo. Que todo aquello provenia del mal estado de mis fondos.

Florinda. Ah! qué suposicion.

Marqués. (*Muy erguido.*) Oh! oh! Rodulfo... por quién nos tomas?

Rodulfo. Por quién os tomo, carísimos amigos?... por lo que sois únicamente... Vos, deliciosa Florinda, por una coqueta llena de hechizos, capaz de amar, oh! pero con frenesí, con tal que el tierno objeto de vuestro cariño posea, no un corazon noble ni sentimientos elevados, sino un bolsillo bien repleto.

Florinda. Insolente!

Rodulfo. Seriais una muger perfecta, si en ese lindo cuerpo la naturaleza se hubiese acordado de encerrar un alma.

Digdig. (*Aparte.*) Toma esa y vuelve por otra.

Marqués. (*Pasando á ponerse con arrogancia entre Rodulfo y Florinda.*) Poco á poco, Rodulfo! qué significa?...

Rodulfo. Tú, amigo mio, eres marqués; y bien puedes, valido de tus títulos de nobleza, hacer el lindo, pasar la vida en bromas y orgías, contraer deudas ó estafar...

Marqués. (*Irritado.*) Sabeis, caballero, que esa demasía....

Rodulfo. (*Achuchando entre sus manos la carta que cojió Digdig.*) Pero despojar á un amigo de su dinero y de su querida, eso pasa ya de las reglas. Esta carta es evidentemente tuya, no es verdad? El tonto del aleman la ha encontrado, y te la vuelve así. (*Arruga la carta y se la tira á la cara.*)

Marqués. Oh! me darás una satisfaccion.

Rodulfo. Cuando gustes.

Florinda. (*Interponiéndose y tirando del marqués.*) Qué es esto? Venid, venid conmigo... No vale la pena. (*Tiran-*

do siempre y volviéndose para empujar al marqués hácia fuera.)

Digdig. (*Poniéndose delante de su amo.*) Si por cierto, no vale la pena de llevar otro... Marchaos.

Marqués. (*Dejándose llevar de Florinda.*) Caballero Rodulfo, nos veremos... yo volveré. (*Vase.*)

Digdig. (*A los que se alejan.*) Si señor, no lo dudamos... las espaldas.

ESCENA VI.

DIGDIG. RODULFO. LADRONES.

La noche ha cerrado del todo.

Digdig. Dice que volverá... pero no ha dicho si será por la pascua ó por la navidad. Zafarrancho de industriales.

Rodulfo. A Dios gracias, me veo libre de ellos.

Digdig. El tal marqués de hambre-aguda lleva las orejas calientes. (*A este tiempo varios rateros invaden la escena.*)

Rodulfo. Verse engañado, robado por esos caballeros de industria... Mira, Digdig, prefiero habérmelas con ladrones de oficio.

Digdig. (*Mirando á derecha é izquierda.*) Pues señor, me temo que os van á coger la palabra.

Rodulfo. Qué quieres decir con eso?

Digdig. Ay! ay! señ... señor... mirad, mirad allá.

Rodulfo. En efecto, esos hombres no tienen buena traza.

Digdig. Nos habrán oido sonar el dinero... esto es hecho.

Rodulfo. Torpe de mí! con la alegría olvidé la espada en la fonda! No importa; procuremos abrir paso.

Digdig. Sí, sí, procurad. (*Rodulfo y Digdig quieren marcharse; un ladron les cierra el paso.*)

Ladron 1.º Alto ahí. (*Le presenta una pistola al pecho.*)

Ladron 2.º No se pasa.

Digdig. (*Con mucha urbanidad.*) Caballeros, es tarde y nos vamos á acostar.

Ladron 2.º Qué ha de ser tarde... mirad la hora en mi reloj. (*Quítale el reloj.*)

Digdig. Es decir, en el mio. (*Aparte.*) A Dios mi caldero! (*Cada ladron tiene á uno de los personages. Otro se ha*

puesto en el foro de centinela. El 2.º *ladron, aprovechándose del miedo de Digdig, roba á Rodulfo.*)

Rodulfo. Deeid , amigo, pensais quedaros las manos dentro de mis bolsillos ? Si habeis creido que me voy á dejar robar asi sin mas ni mas , os habeis equivocado.... Atrás, canalla! (*Le rechaza.*)

Ladron 2.º El caballero parece que gasta malos humos.... Hola! rompe-cuellos!

Digdig. Rompe-cuellos ! sopla ! (*A la voz de* rompe-cuellos *dada por el* 2.º *ladron , acuden otros dos, de los cuales uno sujeta á Rodulfo por el brazo derecho, mientras el otro le ata y le tapa la boca.*)

Rodulfo. Infames ! miserables ! ó rabia ! (*Le tapan la boca y le quitan la casaca.*)

Digdig. (*A los ladrones que le registran.*) Caballeros, caballeros ladrones, por el alma de su madre que me roben todo lo que tengo, pero que no me hagan daño ; soy muy fino de carnes.

Ladron 1.º (*A Digdig.*) Punto en boca.

Digdig. (*Apagando la voz.*) Si señor, si... Antes morir que disgustar á una persona tan... Lo teneis todo , amigo mio , lo teneis todo ? No olvideis nada, por el amor de Dios.

Ladron 1.º La ropa ahora.

Digdig. Con mil amores, y eso que hace fresco. Tomad el frac; le falta un boton, pero está en el bolsillo del pecho, y el paño es escelente !

Ladron 3.º (*A los otros.*) Ea , largo ya. (*Vanse los ladrones con precaucion.*)

ESCENA VII.

DIGDIG. RODULFO, *atado.*

Digdig. (*Despues de haberse cerciorado que los ladrones estan lejos.*) Ladrones ! ladrones !..... Pobre amo mio; aguardad que os desate , que os quite ese pañuelo de la boca.

Rodulfo. Miserables! buenos estamos!

Digdig. Como dos san Juanes. (*Gritando.*) Ladrones!

Rodulfo. Esta nueva desgracia se la debemos tambien al dinero.

Digdig. No os decia yo que el dinero era un enemigo del alma? Y qué haremos ahora? (*Estela, Betty y Frank aparecen en el foro.*)

Rodulfo. Qué haremos? no te lo he dicho ya?... pues se acabaron nuestros recursos, sentar plaza de soldados.

Estela. (*En el foro aparte y con tristeza.*) Soldado!

Frank. (*Bajo á Estela.*) Paciencia!

Digdig. Soldado!... Y qué ganaremos con eso?

Rodulfo. (*Con entusiasmo.*) Qué ganaremos?... gloria, Digdig, gloria y nombradía... los laureles al menos no se roban como los escudos.

Digdig. Gloria! otro enemigo del alma peor que el dinero, porque hay que arriesgar el individuo... Quiera Dios que de este segundo deseo no salgamos tan mal parados como del primero.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

LA GLORIA.

El teatro representa el interior de un campamento. La escena pasa en Noruega, en el reinado de Cárlos XII, cuyo ejército está acampado bajo los muros de Frederichtal.

ESCENA PRIMERA.

DIGDIG. SOLDADOS.

Los soldados estarán jugando á los dados sobre una caja de guerra: otros beben. A lado opuesto Digdig estará cuidando el rancho: habrá engordado mas todavia. La tienda del capitan Rodulfo estará á la izquierda en segundo término.

Soldado 1.º Cuatro.
Soldado 2.º Seis... Gano.
Soldado 1.º Muchachos, de beber.
Soldado 3.º Toma.
Soldado 1.º Es preciso aprovechar el tiempo... Juguemos y bebamos... pues sabe Dios quién de nosotros vivirá mañana.
Soldado 2.º Otra mano.
Soldado 1.º Corriente.
Soldado 3.º Nosotros apuremos esta jarra.
Digdig. Reniego de la carrera militar! Qué vida tan perra.
Soldado 3.º Qué estás diciendo ahí? Y los laureles que se cogen?

Digdig. Laureles! laureles! De qué sirve el laurel? Para los estofados solamente.
Soldado 1.º A mí ahora... Diez!... Bueno!
Soldado 2.º Diablos! muy alto es el punto... Doce.
Soldado 1.º Por vida de!... Otra vez pierdo!
Digdig. (*Catando el rancho.*) Bueno está el rancho, bueno!.. Me pinto solo para...
Soldado 3.º Eh! camarada!... Aquel maldito nos va á dejar sin rancho! (*Dándole un puntapie.*) Eh!... No oyes, tragon?
Digdig. Ay!... Vaya una barbaridad!... Empujarle á uno cuando está comiendo... Por poco me atraganto.
Soldado 3.º Ya van seis veces que te veo dar un tiento á la marmita.
Digdig. Es para ver si está en sazon... Si no se prueba el rancho, cómo he de saber?... Cuanto mas lo pruebo, mas gana...
Soldado 1.º (*Con ira.*) No puedo mas.
Soldado 2.º Pues qué hay?
Soldado 1.º Que estás haciendo trampas.
Soldado 2.º Mientes.
Soldado 1.º Cómo que miento?... Toma. (*Le tira los dados á la cara.*)
Soldado 2.º (*Sacando el sable.*) Ahora lo verás..... En guardia.
Soldados. (*Interponiéndose.*) Qué haceis?
Soldado 2.º Me he de vengar.
Soldado 1.º (*Sacando el sable.*) Atrás... Dejadme que le...,
Soldados. El capitan.

ESCENA II.

DICHOS. RODULFO.

Rodulfo. Qué es eso?... Qué sucede?
Soldado 1.º Me ha insultado.
Soldado 2.º No, primero me has ofendido tú.
Rodulfo. Ea, basta. Envainad los sables, y conservad ese ardor para combatir á los enemigos de la patria... Daos las manos, y no se hable mas del asunto.
Soldados. Si, si, que se abracen.

(*Los dos soldados se dan las manos. Oyese un redoble de tambor, y vanse todos, menos Rodulfo y Digdig.*)

ESCENA III.

RODULFO. DIGDIG.

Rodulfo. (*Marchando arriba y abajo muy agitado.*) Qué impaciencia!... Esas órdenes que aguardo cuánto tardan!... Desde ayer no hacemos nada... ni una mera escaramuza! Cárlos XII se duerme! No le conozco ya. Cuándo llegara la hora del combate!

Digdig. (*Probando otra vez el rancho.*) Si... si... caiga el enemigo... El hambre es mi enemigo... Matémosla.

Rodulfo. Siempre comiendo!

Digdig. Cada uno tiene su modo de hacer la guerra: este es el mio... Vos no pensais mas qúe en la pólvora y las balas! Qué comida tan indigesta!

Rodulfo. Calla, hombre egoista y positivo... Si no conoces la gloria, enfángate en tu cocina... cuida de tu rancho.

Digdig. Ya se ve que cuidaré... y á mucha honra... Qué vale mas? Alimentar al soldado ó matarlo?... Yo le alimento, yo... yo le nutro... yo cuido de su estómago.... (*Come otra vez.*)

Rodulfo. Dí que cuidas del tuyo.

Digdig. Mucho que sí... Vos vivís de gloria... Yo vivo de avichuelas y tocino... Asi es que, gracias á Dios, me voy poniendo como una bola.

Rodulfo. Me avergüenzo de tener en mi compañía á un gloton como tú... y lo que es mas, cobarde.

Digdig. Cada uno tiene su opinion política... Vos quereis que me bata con los dinamarqueses... Si á mí no me han hecho nada... por qué he de degollarlos? Por qué he de asesinarlos? Inocentes!

Rodulfo. Con esas ideas, nunca harás mas que vegetar.

Digdig. Es posible... Pero vegetaré muchos años; en lugar que vos...

Rodulfo. Yo he llegado ya á capitan.

Digdig. Cierto! y en dos meses!... Bonita carrera.

Rodulfo. Y la gloria de que el mismo Cárlos XII me haya puesto las insignias en el campo de batalla, en medio del humo y de las balas?

Digdig. Y espuesto á que esas mismas balas os hicieran trizas... Famosa diversion)

Rodulfo. (*Con entusiasmo.*) Las balas ! los combates !... Ah! cuando estoy en medio de ellos , conozco que me hallo en mi elemento ; y entonces se me figura que Estela me mira desde Nuremberg, me anima con sus ojos , con su voz, y se llena de gozo al pensar que tendrá á un valiente por marido.

Digdig. Sí... pero tened cuidado de llevarla un marido completo... No os suceda lo que al mayor.

Rodulfo. Pues qué ?...

Digdig. Que le van á cortar la pierna.

Rodulfo. Qué honor para él !

Digdig. Y qué pata de palo para toda su vida!

Rodulfo. Y cómo está nuestro esforzado teniente ?

Digdig. El cirujano ha hecho el descubrimiento de que se ha dejado un ojo en el campo de batalla... y por mas que lo ha buscado...

Rodulfo. Con que se ha quedado tuerto ?

Digdig. Tuerto.

Rodulfo. Pero cómo se ha distinguido á los ojos del ejército!

Digdig. Mas le valiera haber cuidado de los suyos.

Rodulfo. Y los cincuenta hombres que mandé esta mañana de descubierta ?

Digdig. De los cincuenta... ha vuelto uno.

Rodulfo. Y los demas?

Digdig. Se quedaron por allá... Dieron en una emboscada... y zás !

Rodulfo. Murieron gloriosamente !

Digdig. Gloriosamente, sí.... pero no comerán ya de mi rancho. (*Sale un soldado.*)

Soldado. Mi capitan , un ordenanza de S. M.

Rodulfo. Ah ! sí , el que espero... que venga.

Soldado. Es un page del rey. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DICHOS. ESTELA, *vestida de page.* BETTY, *de trompeta.*

Estela. (*Presentándose con serenidad y entregando un pliego.*) El capitan Rodulfo?

Rodulfo. (*Tomando el pliego sin mirar á Estela.*) Yo soy...

Estela. Tomad.

Rodulfo. (*Leyendo.*) «Dentro de un cuarto de hora daré el asalto á la plaza: como el enemigo nos atacará probablemente por la derecha, os colocareis en el puente con vuestra compañía, y os dejareis matar hasta el último soldado primero que consentir el paso.—Cárlos XII.» En fin!...

Digdig. Vaya una imprudencia del señor Cárlos XII!.... Mandar que os dejeis matar! Pero á bien que el ataque será por la derecha; y como yo me quedo siempre á retaguardia, no haya miedo que me toquen.

Rodulfo. Bien; decid á S. M. que sus órdenes quedarán puntualmente obedecidas... Pero... qué veo?...

Estela. (*Sin inmutarse.*) No vuelvo al cuartel general, sino que me quedo aqui esperando órdenes.

Rodulfo. Esas facciones...

Estela. Qué teneis, mi capitan?

Rodulfo. Estoy despierto ó dormido?... Digdig... mira.

Digdig. Qué, señor?

Rodulfo. Este jóven...

Digdig. No tiene mala estampa.

Rodulfo. No encuentras semejanza?...

Digdig. Calle!... Con efecto... He visto en alguna parte...

Rodulfo. (*Aparte.*) Ella aqui... con ese trage!... En un campamento!... Imposible.

Estela. (*Bajo á Betty.*) Cómo me mira!... A pesar mio me turbo.

Betty. (*Bajo.*) Animo, señorita... (*Dándose un aire guerrero y tosiendo fuerte.*) Hum! hum!

Digdig. (*A Rodulfo.*) Pues digo, el trompeta qué aire tiene de pillastron!

Rodulfo. (*Examinando á Estela.*) Una ilusion es sin duda... y no obstante, esos son sus ojos, esa es su boca... todo.

Estela. Voto á brios, capitan, que me estais mirando de un modo... Quereis pasarme revista?

Betty. (*Aparte riendo.*) Ha dicho voto á brios.... Bravo! (*Alto y con aire militar.*) Es verdad... Por vida de!... Nos estais mirando y remirando con unos ojos que... Canario, si me enfado! (*Digdig retrocede asustado.*)

Rodulfo. (*A Estela.*) Disimulad, amiguito... pero estoy asombrado... aturdido... petrificado, al ver una semejanza tal...

Estela. No os comprendo... Pero ya caigo... sí... eso será... Sois aleman, segun me han dicho.

Rodulfo. Sí, lo soy.

Estela. Habreis estado en Nuremberg?

Rodulfo. Alli he nacido.

Estela. Entonces ya no hay de qué admirarse. Será que la habreis visto.

Rodulfo. A quién?

Estela. A mi prima... la hija del tio Herman, la jóven Estela, á la cual dicen que me parezco de un modo increible.

Rodulfo. Con que sois primo de Estela?

Estela. La conoceis?

Digdig. Que si la conocemos?... Ya se ve que sí... algo.

Rodulfo. Estela es mi novia.

Estela. Estela!

Digdig. La misma; y es ademas hermana de leche de una tal Betty... de cierta moza rolliza que está muerta por mis pedazos.

Betty. (*Aparte.*) Habrá tonto!

Rodulfo. Qué encuentro!... Con efecto, he oido varias veces hablar de ese primito.

Estela. Pues yo soy.

Rodulfo. Que estaba estudiando en Leipsick.

Estela. El mismo... Cansado de los libros, los tiré á un lado, me escapé, y viva la libertad!

Rodulfo. Una calaverada... Y os habeis hecho...

Estela. Militar. Me muero por la guerra; tengo una aficion ciega á la carrera de las armas; y luego el corazon me dice que con este uniforme, no he de ser un hombre como los demas?

Betty. (*Aparte.*) Eso sí que es cierto.

Rodulfo. El aprendizage es penoso: sobre todo cuando es uno pequeño y delicado, como teneis trazas.

Estela. Mi capitan, la vida de los campos robustece: la gloria me engrandecerá!

Digdig. (*Aparte.*) Qué pagecillo tan mono!

Rodulfo. Me gusta ese entusiasmo... Dadme esos cinco... Cómo os llamais?

Estela. Estefen.

Rodulfo. Pues bien, Estefen... Seamos amigos... Seamos hermanos de armas.

Estela. Con mil amores.

Rodulfo. Arrostraremos juntos la metralla del enemigo.

Estela. La metralla!... (*Aparte.*) Diablos! no me acordaba ya de ser señora.

Rodulfo. Buscaremos los peligros; y por de pronto, hé aqui una bonita ocasion.

Estela. Si, bonita. (*Aparte.*)

Betty. Está endemoniado. (*Aparte.*)

Estela. Y espondreis asi vuestra vida? Luego no pensais en mi prima, que os ama? Si encontraseis la muerte...

Digdig. Eso es lo que yo le estoy repitiendo todos los dias... Me mato siempre diciéndole: mirad que si os matan...

Rodulfo. Si encuentro la muerte, direis á Estela que he perecido digno de ella, como un héroe; que mi postrer pensamiento ha sido suyo, y que espero conserve de mi una tierna memoria.

Estela. (*Bajo á Betty.*) Ah! eso si, siempre. (*Queda pensativa.*)

Rodulfo. Qué es eso? Os han conmovido mis palabras?... Vaya, para distraeros, venid, vereis el campamento, las tiendas de nuestros valientes suecos. Tú, Digdig, saca una botella de rom, pero de lo bueno, de lo mas fuerte; quiero que bebamos juntos mi amigo Estefen y yo. (*Sacudiéndole francamente en el brazo.*) No es verdad, mi querido compañero de armas?

Estela. (*Aparte.*) Yo beber rom!... Eso si que no.

Betty. (*Bajo.*) Eh! qué le hace? Un traguito.

Estela. (*Alto.*) No tengo sed.

Rodulfo. Eso se bebe sin tener sed... Abrasa la garganta, pero refresca... Ya, ya os haré entrar en los trotes... Venid, venid sin miedo. (*Vanse Estela y Rodulfo.*)

ESCENA V.

BETTY. DIGDIG, *volviendo á su rancho.*

Betty. (*Aparte.*) Pues se la lleva! Como no cometa alguna indiscrecion!... En cuanto á mí, no hay miedo que este me reconozca. La gorra puesta así sobre los ojos... y sobre todo los bigotes... Vamos á ver qué dice. Hola! Otro tiento al rancho! El pícaro sabe cuidarse.

Digdig. (*Probando el rancho.*) Bueno... bueno... ya va es-

tando en su punto. Con unas cuantas cataduras mas...

Betty. Asi va engordando: todavía tiene mas panza que antes. (*Alto.*) Con que, camaradita, parece que vuestro capitan se ha encontrado aqui con un pariente de su querida?

Digdig. (*Acercándose.*) Por lo visto.

Betty. Y vos, habeis dejado tambien en vuestra tierra alguna querida?

Digdig. Yo... que si he dejado alguna querida? Vaya una pregunta.

Betty. Pues por qué?

Digdig. Queridas! queridas! Tengo mas de treinta.

Betty. Treinta!

Digdig. Si... treinta y tres.

Betty. Treinta y tres!

Digdig. Cabales.

Betty. (*Aparte.*) Ah! bribon! (*Alto.*) Pues, treinta y tres! Para el tonto que lo crea! Con una panza como esta! (*Le da una palmada en la tripa.*)

Digdig. Eh! cuidadito, señor trompeta. Eso no se toca. Vaya una gracia!

Betty. Por qué echarla de cupido, y hacer alarde de tantas queridas?

Digdig. Tengo yo la culpa de ser buen mozo? Puedo yo remediar que me quieran?... que se mueran por estos huesos?... que se peleen por mi?... que se arañen?

Betty. Pero di, culebron, no has dado palabra á alguna de ellas en particular?

Digdig. En particular, sí... pero en general esas palabras no se guardan.

Betty. Cómo que no se guardan?

Digdig. Por los buenos mozos como yo, no.

Betty. (*Cogiéndole por el brazo.*) Con que es decir que os jactais de hacer traicion á una tierna niña, á una inocente paloma, á una mansa oveja!... Sois un hombre falso... un infame... un bribon... un monstruo. (*A cada injuria que le dice le da un pisoton, y le hace retroceder un paso.*)

Digdig. Cuidado... cuidadito...

Betty. Un ganapan... un bellaco...

Digdig. Señor trompeta... caballero trompeta... Teneis unos modos... Atrás... un poquito atrás... Vaya! No pa-

rece sino que está tocando á degüello... Atrás digo... Con qué derecho?...

Betty. (*Siguiendo lo mismo.*) Soy el campeon, el defensor del bello sexo en general; y en particular, del tierno pimpollo á quien ultrajais. Lo entendeis?... Y si esto no os agrada...

Digdig. (*Haciéndose el enojado.*) Ya se ve que no me agrada.

Betty. Pues tened, para que queddeis contento. (*Le da un bofeton.*)

Digdig. Esto parece un bofeton.

Betty. Para que lo añadas á tu rancho.

Digdig. Gracias; es comida que se indigesta.

Betty. Asi castigo tu perversa conducta.

Digdig. Con que de veras ha sido un bofeton?

Betty. Lo dudas?

Digdig. Qué injuria! Tendrá consecuencias.

Betty. Si? (*Con aire amenazador.*)

Digdig. Si... porque voy á tener el carrillo hinchado mas de un mes.

Betty. Pasará... con una cataplasma...

Digdig. (*Aparte.*) Una cataplasma! No puedo aguantar esto sin enfadarme. (*Alto y con aire irritado*) Señor trompeta, quiero una esplicacion.

Betty. Una esplicacion?... Estoy pronto.

Digdig. Entendámonos... Ha sido chanza esto del bofeton?

Betty. No, si no muy de veras.

Digdig. Con qué de veras?

Betty. Sí, ranchero.

Digdig. Eso es otra cosa... porque sabed, señor mio, que yo nunca sufro chanzas sobre este particular... Con que asi, no hablemos mas del asunto. Solo os aconsejo que otra vez no pegueis tan fuerte; porque vuestro bofeton me ha traido á la memoria cierto bofeton aleman... Oh! Yo soy muy práctico en esto de bofetones... Dadme esos cinco... No me guardareis rencor por esto, no es verdad?

Betty. Por qué? Por haberos... (*Le amenaza.*)

Digdig. Basta... Pelillos á la mar... Estoy ya satisfecho... Ahora, para reconciliarnos voy á buscar una botella de rom... Os gusta el rom... Oh! teneis traza de chiflarlo lindamente... Eh! Buen mozo! En guardia... Uno, dos...

(Se pone en guardia como para tirar las armas. Betty le da una puñada en el vientre.)

Betty. Allá va esa.

Digdig. Ay! Bruto!... Está visto que con este no se pueden gastar chanzas... Voy, voy por el rom... Con que lo dicho: se pasó lo del bofeton? No me guardais rencor ninguno?

Betty. Yo?

Digdig. Otra vez la mano... Abur... Voy, y vuelvo pronto. *(Vase, y sale Estela.)*

ESCENA VI.

BETTY. ESTELA.

Estela. *(Saliendo apresurada.)* Ah! Betty, por fin te encuentro.

Betty. Qué teneis, señorita?

Estela. No sabes? Se preparan para el combate: el enemigo acaba de presentarse al otro lado del puente, y hay que disputarle el pase.

Betty. Sí, pero vos no le disputareis nada. Huyamos, señorita.

Estela. Cómo, si hay centinelas por todos lados, y no es posible salir del campamento?

Betty. Valiente locura hemos hecho. Tambien fue buen empeño cuando aquel pagecillo cayó herido querer vos tomar su uniforme, y venir aqui con sus pliegos.

Estela. Hacia tanto que no veia á Rodulfo! y la idea del próximo combate, la idea de los peligros á que iba á verse espuesto, me hizo no vacilar en mi arriesgado proyecto... Si supieras cuanto le quieren sus soldados! Cómo le respetan y ensalzan su valor!

Betty. Todo eso está muy bien; pero cuando el buen doctor Frank sepa nuestra calaverada, sabe Dios lo que dirá, ó mas bien lo que hará; el que prometió á vuestro padre no apartarse ni un instante de vuestro lado!

Estela. Tienes razon, pero el mal está hecho.

Betty. Sí, y lo que importa ahora, es poner pies en polvorosa.

Estela. Dejarle en tan peligroso instante!

Betty. Quereis seguirle en medio de las balas? No faltaba otra cosa! (*Voces dentro.*)

Estela. Gente viene... Son soldados.

Betty. Prudencia, señorita, y continuemos haciendo nuestro papel.

ESCENA VII.

DICHAS. RODULFO. DIGDIG. SOLDADOS.

Rodulfo. Amigos, la hora del combate se acerca: es preciso que el ejército admire nuestro valor. Juremos vencer ó morir.

Digdig (*Saliendo de la tienda con una botella de rom y vasos.*) Aquí está esto.

Rodulfo. Bueno! Bebamos antes una copita para animarnos. Digdig, sirve tú á la gente. (*Digdig va sirviendo el rom á los soldados. Rodulfo toma dos vasitos y da uno á Estela.*) Tomad, amigo, y brindemos al buen éxito de la batalla... Ea, bebamos todos.

Estela. (*Aparte despues de beber.*) Ay! Dios mio! Me ha llevado el gaznate... Abrasa. (*Se oyen cañonazos.*)

Rodulfo. Oid... Ya suena el cañon.

Digdig. (*Aparte.*) Me entra un miedo!

Estela. (*Bajo á Betty.*) Betty, el cañon!... A pesar mio, tiemblo como una azogada.

Betty. Pues y yo?

Rodulfo. Soldados: jurais morir todos, primero que ceder el paso al enemigo?

Soldados. Sí, sí... lo juramos.

Rodulfo. Bien... os daré el ejemplo marchando delante de todos.

Estela. (*Bajo á Rodulfo.*) Tened prudencia: mirad que si sucumbis...

Rodulfo. Si sucumbo, amigo mio, tomareis mi puesto para vengarme.

Estela. Vengaros! (*Rodulfo se acerca á los soldados para animarlos.*) No... Pero mi deber me manda no apartarme de él para salvarle, para calmar su ardor... y si cae, para curar sus heridas. (*Cañonazos y tambores á lo lejos.*)

Betty. (*Aparte.*) Se ha vuelto loca. (*Alto.*) Qué es lo que estais diciendo, señorita?

Rodulfo. Soldados, de frente... paso redoblado... marchen. Viva Cárlos XII.

Todos. Viva!

(*Vanse Rodulfo y los soldados. Estela los sigue. Betty se oculta en un lado. Digdig aparenta seguir, pero vuelve pronto muy callandito y se oculta cerca de la tienda.*)

ESCENA VIII.

DIGDIG. BETTY. *Luego el doctor* FRANK.

Betty. Es posible!... Se va con ellos!... Será capaz de meterse en medio de las balas... Es un diablillo esa muger... Y yo la dejo! No, debo marchar á su lado. (*Hace ademan de irse, pero un cañonazo la asusta y la detiene.*) Hui!... Aqui me quedo clavada. (*Nuevos cañonazos: á lo lejos el paso de ataque.*)

Digdig. Ya empieza la jarana!... Este maldito ruido de la artillería me trastorna... Pobre Digdig! Quién te ha metido en estas trapisondas?... Siento aqui una desazon... (*Viendo á Betty.*) Calla! Alli está el trompeta! Tambien se ha quedado!

Betty. Si no me engaño, Digdig es el que está alli agazapado... El es, sí... Oh! no hay miedo que este se esponga á morir de un balazo.

Digdig. Si le causará tambien asco al señor trompeta el ruido del cañon? Oh! en cuanto á mí, tengo dos remedios escelentes para amortiguar ese maldito estrépito. (*Se registra los bolsillos.*)

Betty. Qué miedo! y sola aqui!... Mejor será ir al lado de Digdig... Sí; se lo confesaré todo, y... (*Se va acercando, pero sale Frank y la detiene asiéndola por el brazo.*)

Frank. Detente.

Betty. El doctor!

Frank. (*Con inquietud.*) Y Estela?

Betty. Ay! la señorita...

Frank. Y bien?

Betty. Se fue.

Frank. Dónde?

Betty. Al combate... se la llevaron.

Frank. Imprudente!

Betty. Por allí... Corred, corred... detenedla. Yo tambien, si es preciso, iré por otro lado...

Frank. (*Llevando el dedo á la boca.*) Silencio! (*Vase apresurado.*)

Betty. Ya estoy mas tranquila.

Digdig. (*Sacando algodon del bolsillo, y tapándose con él los oidos.*) Primer medio.

Betty. (*Mirando á Digdig.*) Que es lo qué está haciendo?.. Dios me perdone! Se tapa con algodon los oidos!

Digdig. Bueno... asi es menos malo... Ahora, segundo medio. (*Se pone á beber rom en la misma botella.*)

Betty. (*Acercándose.*) Camarada, qué haceis ahí?

Digdig. Eh!... No oigo... hablad mas recio.

Betty. (*Gritando.*) Que qué es lo que estais haciendo?

Digdig. (*Gritando tambien.*) Me estoy dando valor... Quereis un poco?

Betty. Gracias! No me gusta el valor en botella... Sube á la cabeza...

Digdig. (*Viendo temblar á Betty.*) Hola! hola! Camaradita! Teneis miedo, por ventura?

Betty Y vos?

Digdig. Y vos?

Betty. Yo... Confieso que el tiroteo...

Digdig. Es una cosa tonta, no es verdad?

Betty. Mucho... si. (*Se oyen descargas.*)

Digdig. Ay!

Betty. Hui! (*Ambos hacen un movimiento de espanto, se acercan el uno al otro, y permanecen juntos espalda con espalda.*)

Digdig. Estais herido?

Betty. (*Tentándose.*) Creo que no.

Digdig. De veras?

Betty. Si... sí... no tengo nada... y si me atreviese...

Digdig. Os iríais á batir?

Betty. No, iria á ver lo que pasa.

Digdig. Si... si... id, y dadme parte de vuestras observaciones.

Betty. (*Yendo hácia el fondo.*) No me acompañais?

Digdig. No: en tiempo de guerra, soy corto de vista... (*Aparte.*) Mejor es quedarse.

Betty. (*Subiendo sobre un tonel.*) Desde aqui puedo ver... si... Oh! cómo se baten! si viérais?

Digdig. No, no hay para qué... Y somos vencedores?

Betty. Qué fuego á la cabeza del puente! El enemigo es rechazado.

Digdig. Rechazado!

Betty. Derrotado.

Digdig. Derrotado! (*Con aire de triunfador.*) Ya lo sabia yo... Asi somos siempre... no hay quien nos resista... Ahora que el enemigo huye, á él... degollémosle, hagámosle trizas... No os parece, trompeta?... Sí... sí... marchemos. (*Oyese una detonacion espantosa. Digdig retrocede aterrado.*) Dios mio! Qué es esto?

Betty. (*Bajándose del tonel.*) Ah! qué desgracia! El puente tenia una mina, y todos nuestros soldados han volado!

Digdig. Ah! pobre amo mio!

Betty. (*Aparte.*) Y Estela! Estela!

ESCENA XI.

DICHOS. RODULFO, *y luego* FRANK *y* SOLDADOS.

(*Sale Rodulfo con el brazo y una pierna vendados, y con la espada desnuda en la mano. Sus soldados le traen como á la fuerza.*)

Rodulfo. Dejadme! Dejadme! (*Cae sobre un banco de césped cerca de la tienda.*)

Digdig. Pobre amo mio!... Cómo le han puesto. (*Va hácia él.*)

Rodulfo. Qué me importa?... Y Estefen, que me siguió al combate!... que cayó á mi lado!... Dónde está?... Quiero verle... Quiero salvarle ó vengarle... Dónde está Estefen?

Frank. (*Saliendo.*) Muerto!

Rodulfo. Muerto! (*Queda abatido.*)

Betty. (*Al doctor.*) Dios mio! qué decís?

Frank. (*Bajo á Betty, sonriéndose.*) Se salvó.

Betty. No ha caido?

Frank. De miedo.

Betty. Respiro!

Un soldado. (*Saliendo con un pliego.*) Un pliego del general.

Rodulfo. Dádmelo. (*Abre y lee.*) «Tocad retirada. La batalla está perdida. El gran Cárlos XII acaba de morir bajo

los muros de Frederichtal.» (*Con abatimiento.*) Cárlos XII! Muerte! Con que asi la muerte no respeta nada, ni la juventud, ni el valor, ni la fama! Se la busca en los combates, se sacrifican millares de hombres, se talan los campos, se arruinan las ciudades, se sacrifican las naciones!... Y todo, para qué? Por un nombre vano.

Frank. La gloria! (*Vase, llevándose á Betty.*)

Digdig. Otro enemigo del alma!... buen provecho.

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

LAS MUGERES.

La escena es en Venecia. El teatro representa la Piazzotta. Al foro el canal. Vista de Venecia á lo lejos. A derecha é izquierda casas con balcones y celosías.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece el teatro lleno de máscaras. Unos bailan, otros van y vienen, se embroman, etc. Acabado el coro van marchándose poco á poco. ESTELA *y* BETTY, *disfrazadas, vienen en una góndola, y saltan en tierra.*

Estela. Por fin, gracias á esa góndola, nos han perdido de vista.

Betty. No nos ha costado poco trabajo. Apuesto á que nos andan buscando por la plaza de San Marcos.

Estela. Me parece estar viendo todavia á Rodulfo pugnando por abrirse paso entre la gente para seguirnos.

Betty. Pobre señor! Le habeis vuelto el juicio!...

Estela. (*Con ironia.*) Sí, compadécele, porque es digno de lástima.

Betty. Ya se vé... Tiene él la culpa de no haber podido veros sin amaros?... Inspirar una pasion tan vehemente, sin haberle enseñado el rostro, sin haberse quitado la careta!... Debeis tener orgullo por semejante conquista!

Estela. Orgullo? Todo al contrario; estoy furiosa. Oh! nunca lo hubiera creido de él. Aun no hace un mes que está en Venecia, y cuando yo le suponia descansando de las

fatigas de la guerra, me le encuentro empeñado en aventuras amorosas! Héle ya poseido de otra locura, la de agradar á todas las mugeres!

Betty. Al menos esa no es tan peligrosa como la primera.

Estela. Y quieres que tenga orgullo en que Rodulfo se haya prendado de mi simple vista? Qué soy para él mas que una estrangera? No olvida, por hacer la corte á Estela, la veneciana, otra Estela que le aguarda en Alemania, y que confiaba en su cariño?

Betty. Oh! tocante á ese punto yo tomo su defensa, porque es preciso ser justas... Vos le habeis provocado; desde el primer dia del carnaval, no le habeis dejado vivir, ya embromándole, ya dándole citas... En fin, señora mia, os habeis conducido con él como una verdadera coqueta.

Estela. Si todo eso era en su propio interes... para que no se descarriase.

Betty. Nada, nada; vos no habeis escaseado medio para hacerle perder la chabeta... le habeis hecho obsequios, habeis admitido los que él os ha hecho... y el otro dia... el otro dia, al descuido, con cuidado, le abandonasteis la mano que él besuqueó varias veces.

Estela. Por su propio interés... no te lo digo?

Betty. Es que, señorita... al fin un hombre... es un hombre!

Estela. Vamos, no le defiendas, no tiene disculpa. Si fuese yo sola, con careta ó sin careta, á la que él galantease, vaya con Dios!... Pero no anda tambien detras de esa dama brasileña, que vive ahí, enfrente de nosotros?

Betty. (*Riendo.*) Oh! lo que es esa no os debe dar cuidado.

Estela. Has averiguado algo?

Betty. Todo lo que queriamos saber. Esa señora brasileña se llama donna Catharina... es un pimpollo de unos cuarenta y cinco á cincuenta años.

Estela. (*Riendo.*) De veras?

Betty. Su huésped me lo ha dicho. Ha venido á Venecia con motivo del carnaval, acompañada de su hermano, don Vasco de Oliveira, fidalgo portugués arruinado, que se ha hecho campeon de su hermana, y ha jurado sobre la cruz de su estoque encontrarla marido. Hasta ahora, so pretesto de carnaval, nadie la ha visto mas que con careta, y con disfraces á cual mas escogidos y elegantes.

Estela. Y Rodulfo, tan arrebatado como siempre, se ha de-

jado llevar de las apariencias?... Oh! yo me vengaré.

Betty. Eso es, venguémonos, señorita; yo tambien quiero hacer rabiar un poco al bribon de Digdig, que ha dado en la flor de seguir el ejemplo de su amo y hacer la corte á todas las fregonas.

Estela. Sabes que los aires de Venecia le prueban perfectamente? me parece que está aun mas gordo que antes. Dile que no coma tantos macarrones.

Betty. No me hableis de eso, señorita, porque temo que si continúa asi, voy á tener un mónstruo por marido. Pero yo le haré adelgazar asi que se case; os lo prometo.

Estela. Anda á buscar al doctor; me ha prometido ayudarnos en nuestros proyectos. Esta prueba es la última, y si no lograse curar á Rodulfo de su locura...

Betty. Lo conseguireis, señorita... ya está casi hecho. Pero aguardad. (*Sube hácia el foro.*) No me engaño, es él... viene siguiendo á donna Catharina.

Estela. Rodulfo! déjame sola... corre á avisar al doctor... que esté dispuesto para hacer su nuevo papel! Anda, anda.

Betty. Voy corriendo. (*Al salir.*) Dios mio! cómo nos vamos á reir! (*Éntrase en la casa de la derecha.*)

ESCENA II.

CATALINA. RODULFO. ESTELA.

Rodulfo. (*Persiguiendo á doña Catalina, que sale enmascarada.*) Deteneos, hermosa máscara; no huyais así del hombre que os adora.

Estela. (*Yendo á él, y tirando por el brazo.*) Qué perfidia! Ven acá; es este el modo que tienes de cumplir tus juramentos? no decias que era yo la única á quien amabas?

Rodulfo. Jesucristo! héteme cogido entre dos fuegos.

Catalina. Qué quiere esa muger? (*A Rodulfo.*) Responde, rapaz.

Rodulfo. (*Aparte á Estela.*) Prudencia!

Estela. (*Tirando de él.*) No, no te escaparás. Eres mio!

Catalina. Suyo? Qué es lo que oigo! No me decias que no podias vivir sin la tua menina? Responde.

Rodulfo. (*Bajo á Catalina.*) Sí, tú eres la que yo adoro.

Estela. Qué la hablas al oido? Responde, traidor. No pienses que me engañas.

Rodulfo. (*Bajo á Estela.*) Tú eres mi único, mi verdadero amor.

Catalina. (*Cojiéndole del otro lado.*) Cuenta que soy filha descendiente de los Oliveiras: como llegue á saber que me engañas, te he de arrancar los ojos.

Estela. (*Tirando á Rodulfo por su lado.*) Deja á esa muger, ó teme por tu vida. Venecia es el pais de los venenos y puñales.

Rodulfo. (*Aparte.*) La una me quiere arrancar los ojos!... la otra me amenaza con puñales y veneno... estoy divertido. (*Alto.*) Vamos, hermosa veneciana!.. hechicera brasileña!...

Catalina. No te escucho, si no te apartas de esa muger.

Estela. O todo ó nada!... No quiero rival.

Rodulfo. Pero escuchadme... y... (*Franck sale á este tiempo de la casa de Estela, y don Vasco de la de enfrente. El primero viene encubierto, y sobre su vestido, que es todo negro, lleva una enorme daga pendiente del cinturon. Don Vasco, sin careta, con grandes bigotes remangados y espadon.*)

Catalina. (*Viendo á don Cesar.*) Oh, cielos! mi hermano! (*Vase precipitadamente por la izquierda.*)

Estela. (*Finjiendo asombro.*) Gran Dios! mi tutor!

Rodulfo. El hermano y el tutor! (*Mirándoles.*) Vaya un par de figuras! (*Estela se mete precipitadamente por la puerta de la derecha.*)

ESCENA III.

DON VASCO. RODULFO. EL DOCTOR.

D. Vasco. Rapaz?

Rodulfo. Qué hay?

Doctor. (*Por otro lado.*) Una palabra.

Rodulfo. Qué se ofrece?

D. Vasco. (*Muy finchado, y con gran flema.*) Piensa morir pronto?

Rodulfo. Por qué?

Doctor. (*Volviéndose.*) Temerario!

Rodulfo. Eh?

D. Vasco. Yo soy don Vasco de Oliveira. No tiene miedo?

Rodulfo. Ninguno.

Frank. (*Volviéndose hácia su lado.*) Imprudente!

D. Vasco. (*Idem.*) En Portugal como en Venecia la seduccion pide...

Frank. Venganza! (*D. Vasco y Frank deben tener agarrado á Rodulfo cada uno por un brazo, y soltarle los dos al pronunciar la palabra «Venganza.»*)

Rodulfo. (*Despues de mirarlos alternativamente.*) Señores, les pido por favor, que si tienen alguna otra cosa que decirme lo hagan cada cual á su vez; porque me traen como un zarandillo, obligándome á volver á derecha é izquierda.

Frank. Enhorabuena! (*Retírase al foro, y empieza á dar grandes pasos.*)

D. Vasco. (*Tirándole aparte.*) Doña Catalina es mi hermana.

Rodulfo. Ya estoy: al llegar vos se marchó ella gritando: cielos, mi hermano! Y naturalmente cuando una muger dice, mi hermano...

D. Vasco. (*Interrumpiéndole.*) Y siendo mi hermana, debeis suponer que yo soy el defensor de su honra. (*Echando mano al estoque.*)

Rodulfo. No lo dudo.

D. Vasco. Cuando un hombre bien nacido hace la corte á doña Catalina, si tiene la desgracia de comprometerla, es preciso que se case con ella, ó de lo contrario...

Rodulfo. De lo contrario?

D. Vasco. Tiene que batirse conmigo, y le mato sin remedio.

Rodulfo. Y por lo tanto en el dia...

D. Vasco. Llevo muertos veinte y tres.

Rodulfo. Friolera!

D. Vasco. (*En ademan de amenaza.*) Daos por avisado desde ahora. (*Retírase al foro, y se pasea del mismo modo que lo hizo Frank.*)

Rodulfo. Mil gracias. (*Al doctor.*) A vos os toca, caballero de lo negro. (*Franck se acerca.*) Vendreis sin duda por el mismo motivo? Habeis sabido la ciega pasion que me ha inspirado vuestra hermosa pupila?

Frank. Sí.

Rodulfo. Y esperais hacerme renunciar á mi amor?

Frank. Tal vez.

Rodulfo. Es tambien con un desafio con lo que pensais arredrarme?

Frank. No.

Rodulfo. O vuestra receta consiste en algun medio mas...

Frank. (*Echando mano al puñal.*) Violento!

Rodulfo. Perfectamente. (*Don Vasco se acerca de nuevo, de modo que Rodulfo vuelve á encontrarse otra vez entre los dos.*) Al menos, señores, no podré quejarme de que me habeis pillado de sorpresa. Os doy gracias por el aviso.

D. Vasco. (*Dándose de hocicos con él.*) A Dios!

Frank. (*Idem.*) Adios!

Rodulfo. (*Volviendo vivamente la cabeza á un lado y á otro.*) Felices!

D. Vasco. (*Dirigiéndose hácia su casa.*) Ay de tí!

Frank. (*Idem hácia la suya.*) Sí!

D. Vasco. No te tendré compasion.

Frank. No!

D. Vasco. (*Entrándose.*) Medita en tu triste suerte.

Frank. Muerte! (*Al pronunciar las últimas palabras, y antes de entrar en sus casas don Vasco y Frank, hacen un ademan de amenaza á Rodulfo, echando el uno mano á su estoque, y el otro á la daga.*)

ESCENA IV.

RODULFO. *Poco despues* DIGDIG.

Rodulfo. Bravo! Asi me gusta; obstáculos! tutores! hermanos!... Viva Veneeia, ciudad de amor y placeres! Me encuentro enredado en dos aventuras; dos mugeres que quieren matarme á la primera infidelidad! Esto es lo que se llama verdadero amor; estas son pasiones vehementes, desordenadas! Pero no es Digdig el que se dirige hácia aquí?

Digdig. (*En trage de Fígaro con la guitarra á la espalda. Ha engruesado mucho mas desde el primer acto.*) Tra la ra la... tra la ra la. Por fin os encuentro, señor.

Rodulfo. Eres tan plomo!

Digdig. Bien se conoce que á vos no os pesan las carnes.... Vamos á ver, las encontrastes al fin?

Rodulfo. A las dos.

Digdig. Y la doncella? la habeis visto tambien? Tengo

cierta predileccion al ramo de doncellas, y sobre todo á la de vuestra veneciana: tiene una canilla y unos hoyuelos en el codo! No hay pais como la Italia para esto de las canillas y los hoyuelos en el codo!

Rodulfo. No es verdad que es un pais de delicias? No es verdad que la vida aventurera que traemos está llena de agitacion y de encanto? Oh, Venecia, Venecia!

Digdig. Confieso que es preferible á la vida campestre, aunque á decir verdad, tambien esta tiene sus inconvenientes.

Rodulfo. Inconvenientes? Inconvenientes, dices, majadero? y cuáles?

Digdig. Como muchos de ellos vos no los pasais! Los catarros que pillo debajo de los balcones de vuestras queridas, las palizas que sin saber cómo vienen siempre á parar á mis costillas.

Rodulfo. Mandria! Y las ventajas y el cariño de esa linda muchacha, que está loca por tí?

Digdig. (*Con petulancia, y contoneándose.*) No es verdad? Pues tiene buen gusto esa muchacha! (*Canta.*) Ah! bravo, Fígaro! Bravo, bravísimo! Tra, la, la, la.

Rodulfo. Vamos, vamos, seductor, ponte debajo de ese balcon, templa tu guitarra, y acompáñame.

Digdig. Quereis cantar?

Rodulfo. Sí. Hace poco llegué aqui siguiendo á Catalina, y fuí sorprendido por la veneciana, que se ha puesto furiosa. Se trata de implorar mi perdon en una tonada lánguida y sentida.

Digdig. Quereis una tonada sentida? Aguardad. (*Empieza á rascar en la vihuela de un modo ruidoso.*)

Rodulfo. Uy!... Haz por pulsar las cuerdas de tu vihuela lo mas finamente que puedas. Atencion, y á tu puesto. Empecemos. (*Digdig va á colocarse debajo del balcon de la derecha. Rodulfo canta una copla.*) Oh dicha! No me engaño: la persiana se ha movido: veo sacar una mano. (*El doctor Frank abre la persiana, y les arroja una pieza de dos cuartos. Rodulfo la mira:*) Dos cuartos! Qué humillacion!

Digdig. (*Cogiendo la pieza con desprecio.*) Dos cuartos? (*Con resolucion.*) Pues señor, siempre es algo. (*Se la guarda.*) Y para mí? eh, no hay nada para mí? (*Vuelve á abrir la persiana, y Betty arroja un jarro de agua sobre*

Digdig.) Ay, ay! señor, esto es líquido!

Rodulfo. Alguna burla del tutor, sin duda: cree hacerme callar de ese modo... Pues no, no: nos ha de oir: nuestros órganos han de llegar hasta ella. Continuemos, Digdig.

Digdig. Sí señor, sí; pero no me quedo en este lado... Aquí estaré mas seguro. (*Va á ponerse debajo del balcon de Catalina.*)

Rodulfo. Vamos!

Segunda copla.

(*Rodulfo contempla los balcones de Estela. Digdig se deleita en el acompañamiento.*)

D. Vasco. (*Saliendo de su casa, armado de un garrote.*) Voy á quitarles las ganas de rondar mi calle á estos rufianes. (*Dale á Digdig un puntapie y un garrotazo en la espalda.*) Toma!

Digdig. (*Que no le ha visto.*) Ay! ay! favor! socorro! (*Volviéndose.*) Nadie!

Rodulfo. Qué es eso? qué tienes, alborotador sempiterno!

Digdig. Qué tengo?... allí me echan un líquido dudoso sobre la cabeza... aquí me han dado un soberano puntapié en el sitio donde el espinazo pierde su nombre, con acompañamiento de garrotazos... Basta ya de bromas, renuncio á las serenatas... (*Con el acento de un artista humillado.*) Hago pedazos mi lira!... y me voy con la música á otra parte.

Rodulfo. Qué, me dejarás solo por un triste garrotazo?

Digdig. Cómo triste, cuando me lo han dado con música!

Rodulfo. Oye; las máscaras vuelven á esta plaza; tambien vendrán sin duda nuestras bellas, y á favor de la confusion podremos hablarlas. (*Vuelve á oirse el coro del principio del acto, y salen varios músicos disfrazados seguidos de una infinidad de máscaras.*)

ESCENA V.

DIGDIG. RODULFO. *Máscaras; poco despues y sucesivamente*, ESTELA. *El doctor* FRANK. CATALINA. DON VASCO. BETTY.

Los actores en esta escena aparecen y desaparecen alternativamente.

Catalina. (*Saliendo del brazo de D. Vasco y aparte.*) No le veo. (*Alto.*) Vamos un poco mas lejos, señor hermano.

D. Vasco. No espereis que os suelte, menina.

Catalina. (*Aparte.*) Cuándo tendré marido para verme libre de esta tiranía. (*Vanse por la derecha del foro.—Estela y Frank salen de la casa de la derecha.*)

Estela. (*Con careta y del brazo del doctor.*) Sí, querido doctor, espero que esta noche se curará Rodulfo de su nueva manía.

Doctor. Esperemos. (*Rodulfo aparece en el foro con Digdig en medio de un grupo de máscaras.*)

Estela. (*Bajo al doctor.*) El es!

Rodulfo. (*A Digdig.*) Allí está mi veneciana. Procura librarme del tutor.

Digdig. (*Muy seguro en lo que va á hacer.*) Miradme y vereis. (*Rodulfo coge á Estela de la mano y ella suelta el brazo de Frank. Digdig pasa el suyo en el lugar del de Estela, y vase contoneándose con Frank que finge no haberlo echado de ver.*)

Rodulfo. Ahora no te me escaparás, hermosa máscara.

Estela. Qué me quieres?

Rodulfo. Qué te quiero? Hablarte del amor que me consume.

Estela. Mira lo que dices, no te oiga la brasileña.

Rodulfo. Eh! aun cuando me oyese.

Estela. Cuidado, porque es muy vengativa... mucho!... y es de estrañar en su edad.

Rodulfo. (*Admirado.*) En su edad!

Estela. Oh! cuando tenia treinta años debia ser una muger terrible, una furia.

Rodulfo. Cuando tenia treinta años! treinta!... pues qué es vetusta la señora portuguesa?

Estela. Nadie mejor que tú puede saberlo, rogándola que se quite la careta.

Rodulfo. Y aunque sea cierto, qué me importa, si mi corazon solo late por tí?

Estela. De verás? Estás seguro de amarme?

Rodulfo. De amarte, no... esa palabra es demasiado fria !... te adoro!... te idolatro!... tu vista me abrasa !... me calcina!... cuando estoy junto á tí me siento calcinado!

Estela. A mi lado pensarás quizá en otros amores.

Rodulfo. Qué suposicion!

Estela. (*Cogiéndole.*) Oh! es que ya te he dicho que quiero ser amada yo sola; necesito todo tu cariño, todos tus pensamientos... necesito que tu corazon no dé un latido que no me pertenezca... lo entiendes?

Rodulfo. Ardiente veneciana, tuyo soy cuerpo y alma.

Estela. (*En otro tono.*) No me engañais, Rodulfo?

Rodulfo. (*Aparte.*) Sabe mi nombre!

Estela. (*Con vehemencia.*) No conservais en vuestro corazon el recuerdo de otra muger?

Rodulfo. (*Algo turbado.*) No.

Estela. De veras? miradlo bien.

Rodulfo. Os juro...

Estela. Nada de juramentos. No habeis dicho de corazon á ninguna otra muger antes que á mí: «Te amo...» Pensadlo bien antes de responder, y advertid que el perjuro tarde ó temprano es desgraciado.

Rodulfo. (*Aparte.*) Estela! Estela!

Estela. (*Aparte.*) Su mano tiembla! (*Alto.*) No respondeis?

Rodulfo. (*Con calor.*) Pues bien, sí, he amado á otra... y si te amo, lo confieso, es porque todo en tí me la recuerda; tu acento es su acento y penetra el alma como el de ella... al verte creo verla... al amarte creo amarla. (*Estela hace un movimiento: Rodulfo la coge la mano.*) Oh! no me rechaces, no te apartes de mi lado!... perderte para siempre!... no verte ya, es para mí imposible... esta noche concluye el carnaval, y con él la libertad de que gozabas... Oh! dime, cómo te veré en la sucesivo... necesito que me concedas una cita. (*Frank sale á este tiempo.*)

Estela. (*Con timidez.*) Una cita!

Rodulfo. O me doy la muerte bajo tus balcones.

Estela. (*Asustada.*) No, no; os la daré.

Rodulfo. (*Impaciente.*) Cuándo?

Estela. (*Con misterio.*) Esta noche.

Rodulfo. Oh dicha!... en qué sitio?... dónde, dónde?

Estela. Al toque de oraciones... un ramillete que dejaré caer desde el balcon, os indicará el sitio donde podremos vernos. (*Frank se acerca y se coloca entre Estela y Rodulfo.*)

Rodulfo. Ah! tú me estasías; el placer me enagena, y juro por este beso... (*Coge la mano de esta, pero en el momento que se inclina para besarla, el doctor interpone la suya entre la mano de la jóven y la boca de Rodulfo, de modo que es la mano de Frank la que recibe el beso.*) Puf! què demonios es esto? (*Frank coge del brazo á Estela con mucha flema y vase con ella; despues de dar algunos pasos y aprovechándose de un momento en que se vuelve Rodulfo se entran precipitadamente en la casa de la derecha.*) El doctor... el doctor que se hallaba... o h voy á seguirla.

Catalina. (*Saliendo de pronto por la izquierda y dando vuelta por la derecha para cerrar el paso á Rodulfo, que se marcha.*) Detente, monstruo.

Rodulfo. La brasileña! (*Aparte.*) Por quien soy que no he de irme sin saber cuántos años tiene.

Catalina. Falso! No me aguardabas, segun parece.

Rodulfo. Al contrario, celestial brasileña, mi corazon te llamaba á voz en grito, y si he de decirte el por qué, te confesaré que porque te han calumniado! porque te traen en chismes, portuguesa de mis ojos.

Catalina. Qué te han dicho de mí? habla.

Rodulfo. Hanme dicho...

Catalina. Qué? acaba.

Rodulfo. Que vizcas de una manera atroz.

Catalina. (*Indignada.*) Es falso! es una vil calumnia.

Rodulfo. (*Con suma ternura.*) Escúchame, Catalina; poco me importaria que tu juventud no fuese de lo mas fresco ni de lo mas florido... poco me importaria que tu hermosura no eclipsase á la de Venus saliendo de las aguas.... (*Con mas ternura.*) pero eso de vizca!... será debilidad mia, si se quiere, pero me aflije la idea de que seas vizca.

Catalina. (*Con monada.*) Oh! en cuanto á ese modo de ver, tienes razon, y puedes vivir sin el menor cuidado.

Rodulfo. Entonces por qué negarte á dejar caer esa careta que me roba la luz de tus ardientes pupilas?

Catalina. (Con un voluptuoso abandono.) Tirano! lo exijes?

Rodulfo. Lo exijo. (*Don Vasco aparece en el foro y espia á Rodulfo.*)

Catalina. (*Quitándose la careta.*) Cúmplase tu gusto. (*Movimiento de sorpresa en Rodulfo.)*

Rodulfo. (*Para sí.*) Setenta y dos años... Pies, para qué os quiero! (*Vase corriendo por la derecha.*)

Catalina. (Corriendo detrás de él.) Qué es eso? qué es eso? dónde va? qué le ha dado?

D. Vasco. (*Que ha seguido á Rodulfo, volviendo bruscamente hácia Catalina.*) Señora hermana...

Catalina. Don Vasco, vos sois causa de que se haya marchado; este se me va á escapar tambien, y vos tendreis la culpa!

D. Vasco. Menina!

Catalina. Sois un torpe!

D. Vasco. Menina! (*Catalina y don Vasco hablan á un tiempo; empiezan con mucha mesura y se animan en medio de la relacion.*)

Catalina. Sí, vos teneis la culpa!... ya estaba conforme, y me le habeis espantado; no sabeis hacer otra cosa!.... Me habeis de matar á pesadumbres!... Qué necesidad teniais de venir tan fuera de propósito... O minho senhor, minho senhor, qué torpeza!... Dónde he de ir á encontrarle ahora?

D. Vasco. Señora hermana, me fabla vuesa mercé en un tono!... qué diablo!.... Si tanta gana tiene de maridarse, para qué recibe á su galan en la calle?... temo, Dios me perdone, que ese rapaz os ha de volver loca!... Andad vos y vuestros amores ó diablo! (*Entranse uno detras de otro disputando.—Sale Betty huyendo de Digdig en medio de algunas máscaras que atraviesan el teatro.*)

Digdig. No corras mas, hermosa fregatriz, ó me harás echar los hígados por la boca.

Betty. (*Fingiendo la voz.*) Te conozco!... te conozco!

Digdig. Conoces á Fígaro?... pues Fígaro arde en deseos de conocerte.

Betty. (*Sosteniéndose la careta.*) No lo esperes.

Digdig. Que no lo espere? Oh! yo buscaré medio de

ablandarte... Agárrate de mi brazo... iremos á tomar una friolerilla.

Betty. (*Aparte.*) Siempre pensando en comer.

Digdig. Te convidaré á melon, á higos chumbos, á macarrones, que deben gustarte mucho... beberemos vino de Siracusa... nos pondremos un poquito calamucanos!... No te parece, chocorrotita?

Betty. Quitad allá.

Digdig. Pero por Dios, enséñame la punta de tu nariz.... debes tener una naricita muy cuca.

Betty. Señor Fígaro, ya sé que sois un seductor; habeis corrido la tuna por el estrangero.

Degdig. Hola! en dónde?

Betty. En Francia, en Alemania, en Noruega...

Digdig. Eso sabes?... Ahora insisto mas que nunca en verte las narices. (*Da vueltas al rededor de Betty procurando alzarla la careta.*)

Betty. No hay que tocarme á la careta, señor Fígaro... no hay que tocarla... cuidado conmigo!

Digdig. (*Imitándola en la voz.*) Pues yo quiero tocarla... yo quiero tocarla.

Betty. Si? entonces yo os tocaré á vos. (*Alargándole un bofeton.*) Tomad... (*Vase corriendo.*)

Digdig. (*Atónito.*) Un bofeton!... y siempre el mismo! el mismo bofeton que viaja conmigo!

Rodulfo. (*Saliendo de pronto.*) Digdig, Digdig! la has visto?

Digdig. No señor, no he visto nada; he recibido, y no mas.

Rodulfo. Bien mirado no me importa, pues me ha prometido que esta noche... Ah! Digdig! he llegado al colmo de la felicidad! Estoy fuera de mí de alegría! Ea, vosotros... (*A los máscaras.*) demos fin al carnaval alegremente. Cantemos y bailemos hasta que dé la hora. (*Vuelven á repetir el coro.—Baile. La noche empieza con los últimos compases del baile, y debe haber cerrado al oirse el toque de oraciones. En el caso en que se suprimiera el baile, deberá hacerse de noche en las palabras «he recibido y no mas.» Al concluirse el baile se oye la campana de la oracion, y al oirse la última campanada espira el carnaval. Todas las máscaras se inclinan religiosamente, algunas se arrodillan, y á la última campanada se*

retiran con el mayor silencio. Las ventanas y góndolas empiezan á iluminarse.

ESCENA VI.

RODULFO. DIGDIG

Rodulfo. Nos dejan el campo libre... á la oracion me dijo... Digdig, cuida de que no nos sorprendan.

Digdig. Señor, la noche está oscura, y á no ser gato...

Rodulfo. (*Aplicando el oido.*) Si no me engaño... he oido en esta casa el preludio de un arpa. (*Oyese dentro la voz de Estela, que canta la segunda estrofa de la cancion del acto segundo.—Rodulfo, despues de haber escuchado atentamente y dando muestras de conmocion.*) Esta cancion no me es desconocida... yo he oido en Francia estas mismas palabras... pero el ramillete... cielos!... me parece haber oido ruido detras de aquella persiana. (*Cae á sus pies un ramillete.*)

Digdig. (*Acudiendo á cogerle.*) Un ramo de siemprevivas.

Rodulfo. Y en medio un billete, un billete, Digdig, que va á instruirme del lugar de la cita. (*Abriendo.*) Veamos! Dónde tendré que ir para verla?... (*Lee.*) A Nuremberg.

Digdig. A Nuremberg! (*A este tiempo se ve atravesar por el canal una góndola, donde van Estela, Betty y Frank.*)

Rodulfo. Nuremberg!... Es esto una burla... ó quizás esos acentos... esa cancion, aquel talle, aquella voz... Digdig, mi razon se ofusca.

Digdig. Cuidado, señor.

Rodulfo. Mis ideas se confunden.

Digdig. Por Dios, señor; mirad que asi empiezan los locos.

Rodulfo. Oh! es preciso que la vea, es preciso que yo la hable ahora mismo, aunque tenga que escalar ese balcon...Agáchate, Digdig, me pondré sobre tí para subir.

Digdig. No, gracias; prefiero iros á buscar una escalera. Allí á la vuelta he visto una de las que han servido para la iluminacion, y si quereis ayudarme...

Rodulfo. Vamos pues... Despacha. (*Vase, empujando á Digdig.*)

ESCENA VII.

CATALINA. INES. *Despues* RODULFO. DIGDIG.

Catalina. (*Que sale sollozando de su casa.*) No puedo sosegar... su imagen me persigue por todas partes... Sí, quiero ver á mi rival esta misma noche, quiero hablarla y que me tenga lástima... Ella no querrá casarse tal vez... y yo lo que quiero es marido... necesito un marido!... Oh! sí, me le cederá al pobrecito!... (*Con otro tono.*) Y como no quiera la sacaré los ojos. (*Va á llamar á la puerta de Estela y sale Inés.*)

Inés. Por quién preguntais?

Catalina. Quiero hablar á la señora que se hospeda en esta casa.

Inés. Imposible.

Catalina. Es indispensable.

Inés. Acaba de marcharse ahora mismo con toda su familia... Se ausenta de Venecia.

Catalina. No me engañes. Mira, ahi tienes esa moneda con tal que me digas la verdad.

Inés. Si quereis entrar os desengañareis por vos misma.

Catalina. Sí, sí, quiero cerciorarme... entremos. (*Entrase precedida de Inés.*)

Rodulfo. (*Tirando de Digdig, que trae una escalera.* Vamos, pesado, date prisa. Arrima esa escalera.

Digdig. (*Colocando la escalera contra el balcon de la derecha.*) Es que pesa mas de lo que parece. Ahi la teneis.

Rodulfo. Ah! me cierras la puerta, tutor estrafalario; bien está; entraré por el balcon... Arriba.

Digdig. (*Con mucha flema y desde abajo.*) Si, sí, subid vos, porque á mí no me gusta andar por los aires, y mucho menos de noche.

Rodulfo. (*Montado en la barandilla del balcon.*) Digdig, ya llegué... (*Abren el balcon.*)

Catalina. (*Abriendo el balcon.*) Quiero registrarlo todo... Cielos!

Rodulfo. Qué veo?

Catalina. El es!

Rodulfo. (*Retrocediendo.*) La vieja!

Inés. (*Dentro.*) Será algun ladron! (*Sale á la plaza gritando despavorida.*) Ladrones! ladrones!

Digdig. (*Queriéndola hacer callar.*) Maldita cotorra, calla! (*Quiere taparla la boca.*)

Inés. (*Gritando.*) Ladrones! Asesinos!

ESCENA VIII.

DICHOS. D. VASCO. PUEBLO. GUARDIAS.

D. Vasco. (*Saliendo y viendo á Catalina y Rodulfo.*) Qué veo? mi hermana y su seductor. (*Saca el espadon.*) Venganza! (*Lánzase hácia Digdig blandiendo el estoque.*) Favor! la guardia! (*Catalina al ver llegar á la guardia vuelve á entrar precipitadamente y cierra el balcon.—Salida del pueblo y la guardia con luces.*)

Un hombre. (*A los guardias.*) Prendedle... es un ladron! (*Señalando á Digdig.*) Y ese otro su cómplice. (*Quieren apoderarse de Rodulfo.*)

D. Vasco. (*Interponiéndose.*) Poco á poco... quiero ver si es un ladron ó un galan. (*Aparte.*) Catalina, ya tienes marido. (*A media voz á Rodulfo.—Catalina se presenta en la puerta y escucha.*) Rapaz, ya lo ves, te he sorprendido en criminal conversacion con mi hermana...

Rodulfo. Bien, y qué?

D. Vasco. Que vas á casarte con ella.

Rodulfo. Jamas.

D. Vasco. Te casarás, ó me dirás por qué é irás á la carcel.

Rodulfo. Prefiero deciros por qué; porque es vieja y fea.

Catalina. Infame! yo fallezco. (*Cae desmayada en los brazos de Inés, que se la lleva.*)

D. Vasco. Bien. Entonces manda á ese otro que se case con ella. (*Señalando á Digdig.*)

Digdig. Un demonio!

D. Vasco. Ea, pues llevadlos á la carcel! son unos pícaros!

Digdig. Pícaros, porque no queremos casarnos con un vestiglo.

D. Vasco. A la carcel.

Todos. A la carcel!

FIN DEL ACTO CUARTO.

Acto quinto.

Plaza en la ciudad de Nuremberg. A la izquierda la casa de Herman; á la derecha una iglesia.

ESCENA PRIMERA.

HERMAN. FRITZ. ZUG *y otros criados de* HERMAN. *Luego el doctor* FRANK.

Herman. (*Saliendo de su casa con los criados.*) Ya lo habeis oido: haced cuanto dejo dispuesto; y sobre todo, que sea pronto... Tú, Zug, ve á casa del cura. (*A otro.*) Tú irás á avisar á nuestros parientes y amigos. (*A Fritz.*) Tú vendrás conmigo: tenemos varias diligencias que hacer.

Fritz. Con que es cierto, señor Herman? Hoy se casa la señorita Estela, y estando ausente el señor Rodulfo?

Herman. Nada es mas cierto.

Fritz. Me habreis de disimular, señor Herman: como ha poco que he entrado á servir en vuestra casa, no he conocido al señor Rodulfo; pero todos dicen que era ya un casamiento tratado...

Herman. Y bien?

Fritz. Que todos estrañan que caseis ahora á vuestra hija con otro.

Herman. No tengo que dar cuenta á nadie de mis acciones: si caso á Estela estando ausente Rodulfo, es porque me conviene. Sobre todo, no me gusta que los criados se metan en lo que no les importa: lo entendeis?

Fritz. Está bien, señor.

Herman. (*Viendo salir á Frank.*) Hola! señor doctor! Ha llegado ya la hora?

Frank. Sí.

Herman. (*Con alegria.*) Bueno! (*A los criados.*) Ea, marchad, y haced lo que os tengo dicho... Fritz, sígueme. (*Vuelve Herman á entrar en la casa hablando en voz baja con Frank. Fritz los sigue. Los demas criados se van por el foro izquierdo.*)

ESCENA II.

RODULFO. DIGDIG.

(*Llegan pálidos y estenuados, sosteniéndose el uno al otro para bajar la cuesta que habrá en el foro. Llevan los vestidos que tenian al partir, pero rotos y cubiertos de polvo. Rodulfo se apoya en un palo. Digdig lleva otro palo al hombro, colgando de él un envoltorio formado con un pañuelo; habrá perdido todas las carnes que habia adquirido en los actos anteriores, y estará tan flaco como se pueda. Al salir, manifiestan su alegria de ver su pais natal. Se acercan á la iglesia, se quitan el sombrero con respeto, y luego se vuelven hácia la casa de Herman, que tambien saludan.*)

Rodulfo. En fin... ya llegamos!

Digdig. Sí... ya llegamos.

Rodulfo. Esta es la plaza... Allí está la iglesia.

Digdig. Y allí la taberna donde me echaba tan buenos tragos!

Rodulfo. Y allí, la casa de Herman... la residencia de Estela! (*Bamboleándose.*) Pues!... Ya no me quieren sostener las piernas!... Sostenme, querido Digdig... sostenme.

Digdig. (*Apoyando las manos en las rodillas para que Rodulfo pueda colocarse en sus espaldas.*) Animo, señor, ánimo!... Eso es efecto de la alegría... de la dicha... Tranquilizaos.

Rodulfo. (*Sentándose muy descansadamente en las espaldas de Digdig.*) Sí, querido Digdig, ya me tranquilizo .. En ti descanso, sobre mi fiel servidor.

Digdig. Estais bien asi, señor?

Rodulfo. Sí, querido Digdig,.. Con que ya estamos de vuelta en nuestros lares?... Volvemos á ver nuestros dioses penates?

Digdig. Petates! Los petates eran los que allá en Venecia nos han tenido en chirona.

Rodulfo. Despues de seis meses de ausencia!... Porque habrá nada menos que seis meses que salimos de aquí.

Digdig. Sí... seis meses.

Rodulfo. Cuéntalos bien, Digdig.

Digdig. (*Sosteniéndose apenas.*) Sí, sí... ya cuento.

Rodulfo. Uno... dos... tres... (*Contando por los dedos.*)

Digdig. Abril... mayo... setiembre...

Rodulfo. Bruto, que pasas... agosto.

Digdig. Ay! sí... agosto... Habeis descansado ya, señor?

Rodulfo. Algo.

Digdig. Pues si tuviéseis la bondad... Cuando esteis ya repuesto, me lo direis.

Rodulfo. Para qué?...

Digdig. Para nada... sino que... A pesar de los ayunos, pesais todavía bastante.

Rodulfo. (*Levantándose.*) Mandria! Si yo estoy mas ligero que una pluma.

Digdig. Ay!... Pues y yo!... Con tres semanas de carcel, á pan y agua!... Y luego un largo viaje, hecho la mitad á pie, y la otra mitad andando... Todo eso altera la máquina, y causa detrimento á esto... (*Dándose en el vientre.*) Pobre panza mia! Cómo ha bajado!... Ya no la conozco.

Rodulfo. (*Mirando la casa de Herman.*) Al mirar esa casa, todo lo olvido... Hace un instante que me sentia sin fuerzas, y ahora sería capaz de bailar una tirolesa... Tenia sed, y ya no tengo sed.

Digdig. Yo... tenia hambre... y siempre tengo hambre.

Rodulfo. (*Con entusiasmo.*) Estela! Estela!... Allí está; á diez pasos de nosotros!

Digdig. Y Betty!... Dónde estará? Qué hará? En qué pensará la bribona?

Rodulfo. Qué alegría cuando nos vean!... Cómo esclamarán... Héle aquí!... Rodulfo! por aquí... Estela! por allá... Y luego el papá Herman!

Digdig. Direis: yo soy!... Y ellos... Eres tú... Es él!...

Somos nosotros!..... Sois vosotros!.... Ellos son!

Rodulfo. Qué escena tan tierna!

Digdig. Pues vamos, vamos... Llamaré.

Rodulfo. Si, llama.

Digdig. Qué sorpresa vamos á causar! (*Al dirigirse Digdig á la puerta, sale Fritz apresurado y tropieza con él.*)

ESCENA III.

DICHOS. FRITZ.

Digdig. Huy!

Fritz. Bestia!

Digdig. Animal!

Fritz. Bucéfalo!

Digdig. No conozco esta cara.

Rodulfo. Decidme, amigo...

Fritz. Tengo que hacer.

Digdig. Una palabra.

Fritz. Voy de prisa.

Rodulfo. (*Deteniéndole.*) Un momento.

Fritz. Si digo que estoy de prisa.

Digdig. Cómo es eso?

Fritz. Mi amo, el señor Herman, casa hoy á su hija, y tengo tanto que hacer...

Rodulfo. Cómo!... Qué decís?... El señor Herman!

Digdig. Casa hoy?...

Rodulfo. A su hija?...

Digdig. Hoy?

Fritz. Y aun hay mas. Son dos bodas en vez de una.

Digdig. Dos bodas!

Rodulfo. La de Estela?

Fritz. Y la de Betty, su hermana de leche.

Digdig. La de Betty!... Tambien Betty!

Fritz. De qué se admiran?... Ya se ve que sí: la señorita Estela, y Betty... Tienen algo que decir á eso?... Pero yo pierdo mi tiempo... Abur, abur... Voy corriendo... (*Vase.*)

Rodulfo. (*Anonadado.*) Estela se casa!

Digdig. Betty se casa!

Rodulfo. Es cosa de volverse uno loco!

Digdig. Es cosa de volverse uno bestia!

Rodulfo. Olvidarme asi!
Digdig. Darme asi calabazas!
Rodulfo. Traidora!
Digdig. Mala muger!
Rodulfo. No, esto no se puede sufrir. *(Con aire resuelto.)* Digdig!
Digdig. Señor!
Rodulfo. Eres hombre?
Digdig. Si... hombre soy.
Rodulfo. El rio no está lejos.
Digdig. Ya os comprendo.
Rodulfo. Ven.
Digdig. (*Con resolucion.*) Vamos. (*Deteniéndose.*) Y para qué?
Rodulfo. Para ahogar alli nuestra afrenta; para desesperar á esas infieles.
Digdig. Y si no se desesperasen?
Rodulfo. Tienes razon... seria un chasco. Antes de acudir á ese estremo, debemos verlas por última vez, maldecirlas, echarles en cara su conducta, decirles que es...
Digdig. Indigna.
Rodulfo. Mas.
Digdig. Horrible.
Rodulfo. Mas.
Digdig. Asquerosa.
Rodulfo. Eso es.
Digdig. Me ocurre una idea. Si la señorita Estela tuviese noticia de nuestras calaveradas? Si aquella veneciana que nos citó á Nuremberg fuese alguna bribona...
Rodulfo. No, Digdig, no. Por mas que digas, no creeré nunca en la infidelidad de Estela. Es imposible...
Digdig. Mirad, mirad por alli... Veis aquellos señores tan peripuestos, con guantes blancos y ramos?... Se dirigen hácia aqui... Si serán los convidados á la boda?
Rodulfo. Sí? Pues que vengan. Les diré lo que hace al caso. Quiero en su presencia decir á Estela que es una desleal, una infame; poner al viejo Herman como ropa de pascua; y si alzan el grito, los pego á todos, y los mando con dos mil demonios.
Digdig. Conteneos, amo mio, conteneos.
Rodulfo. Qué! no... Si estoy sosegado... No ves que me rio?

ESCENA IV.

DIGHOS. HERMAN. FRANK. ESTELA. BETTY.

(Salen por un lado los convidados. Herman y los demas salen de la casa.)

Digdig. Pues... lo que digo... los convidados á la boda... Qué fachas!

Rodulfo. Estoy por...

Digdig. Y el papá Herman por este otro lado, que sale á recibirlos.

Rodulfo. Herman! Le voy á llenar de improperios.

Digdig. Prudencia!

Herman. *(A los convidados.)* Amigos mios, ya estais aqui? Me alegro. Pero qué se ha hecho del novio? No le veo.

Rodulfo. *(Acercándose y con rabia concentrada.)* Preguntais por el novio?

Digdig. Prudencia, señor, prudencia!

Herman. *(Con tono de reconvencion amistosa.)* Cómo es eso, Rodulfo, aun no estás vestido?

Rodulfo. *(Asombrado.)* Eh!

Herman. Ni tú tampoco, Digdig?

Digdig. Cómo?

Herman. En qué diablos estais pensando?

Rodulfo. En qué?

Digdig. En qué?

Herman. Y cuando vuestras novias estan ya listas!

Rodulfo. } Nuestras novias!
Digdig. }

Herman. Ya se ve que sí. Estela y Betty estan ya ataviadas.

Rodulfo. Esplicaos, señor Herman... Estoy señando ó despierto?.. Es una sombra, un diablo, ó un suegro á quien estoy hablando? Qué fantasmagoría es esta?

Herman. Cosa muy sencilla, querido Rodulfo. Sabia vuestro regreso, y os esperaba.

Rodulfo. Me esperabais?

Digdig. Esperaba!

Rodulfo. Señor Herman, si os burlais, es esta una chanza impropia de vuestra edad.

Herman. No me burlo... y la prueba es que allí viene Es-

tela : ella te convencerá... (*Salen Estela y Betty en traje de novias: las acompaña Frank.*)

Rodulfo. Estela !... sí... ella es !

Digdig. Tambien mi Betty !

Estela. (*Dando la mano á Rodulfo.*) Rodulfo !

Rodulfo. (*Enagenado de alegría.*) Estela mia ! Será posible ? Esta boda...

Estela. Es la nuestra...

Digdig. Betty mia... Ese ramo virginal...

Betty. Te pertenece.

Rodulfo. No, no es un sueño... ella es ! Estoy á su lado despues de tan larga separacion !

Estela. Separacion, decís ? No nos hemos separado.

Rodulfo. Cómo ?

Betty. (*A Digdig.*) Ni nosotros tampoco.

Digdig. Ni nosotros ! (*Rodulfo y Digdig se miran atónitos.*)

Estela. Es la pura verdad. En todos los paises que habeis recorrido, á todas horas, compartiendo vuestros riesgos y trabajos, nos hallábamos á vuestro lado ; pues no hay obstáculo que arredre á un amor verdadero. Cuidadosa de vuestra suerte, velaba continuamente por vos ; y bajo un cielo estraño, Estela ha sido siempre el astro que os guiaba.

Rodulfo. Oh verdadero amor !... Ahora todo se esplica á mis ojos. La saboyana de París?...

Estela. Era yo.

Digdig. Y la que vendia bollos ?...

Betty. Yo.

Rodulfo. Y el page del rey?...

Estela. Yo.

Digdig. Y el trompeta ?...

Betty. Yo.

Rodulfo. Y la celosa italiana ?...

Estela. Yo.

Digdig. Y la criada abofeteadora ?...

Betty. (*Dándole un bofeton.*) Yo.

Rodulfo. Y el tutor furibundo ?...

Frank. Yo.

Rodulfo. Qué asombro !

Digdig. Estoy aturdido !

Herman. Y bien, quieres ahora hacer nuevos viajes ?

Quieres correr tras de nuevas aventuras?

Rodulfo. Ah! no señor. Buscaba la felicidad en regiones lejanas cuando la tenia tan cerca.

Estela. Y ella os ha esperado aqui.

Rodulfo. Y suyo soy por la vida.

FIN DE LA COMEDIA.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton!!!
Doña María de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivri.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Vallalolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afan de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente.
El hijo en cuestion.
Está loca!
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de Paris.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judía de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Honra y provecho.
Los partidos.
El pozo de los enamorados.
El hijo de la viuda.
Conspirar por no reinar.
Vicente Paul.
La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darlington.
Sin nombre!
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra.
Valeria.
Un poeta y una muger.
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mí.
Honoria.
El capitan de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado.
La reina por fuerza.
Tóo jue groma.
Viriato.
Casualidades.
Vengar con amor sus celos.
El padrino á mogicones.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 400 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.

50 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

28 idem del **estrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerias de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Almeria	Gonzalez.	*Murcia*	Gisbert.
Alcoy	Martí Roig.	*Oviedo*	Longoria.
Alicante	Champourcin.	*Orense*	Novoa.
Burgos	Arnaiz.	*Pamplona*	Erasun.
Badajoz	Viuda de Carrillo.	*Palencia*	Santos.
Barcelona	Piferrer.	*Palma*	Gelabert.
Bilbao	Garcia.	*Santander*	Riesgo.
Cadiz	Moraleda.	*Salamanca*	Oliva.
Córdoba	Berard.	*Sevilla*	Caro Cartaya.
Coruña	Perez.	*Santiago*	Rey Romero.
Granada	Sanz.	*S. Sebastian*	Baroja.
Jaen	Orozco.	*Vitoria*	Ormilugue.
Jerez	Bueno.	*Valencia*	Navarro.
Leon	Miñon.	*Valladolid*	Hijos de Rodriguez.
Lugo	Pujol.	*Zaragoza*	Yagüe.
Málaga	Aguilar.		

En las mismas librerias se venden las obras siguientes:

Fígaro: Cuatro tomos en 8.° marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.

Alvarez: Derecho real, dos tomos, 40.

Rossi: Derecho penal, dos tomos, 36.

Astronomía de Aragó: un tomo, 14.

Estas obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesías de **D. José Zorrilla:** diez tomos que se espenden sueltos, 160.

—— de **D. José de Espronceda:** un tomo, 24.

—— de **D. Tomas Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.

Recuerdos y fantasías por don José Zorrilla: un tomo, 10.

La Azucena silvestre por el mismo: un tomo, 12.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

Introduccion á la historia moderna, por D. Antonio Gil de Zárate: un tomo, 12.

Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.

Cuentos fantásticos de Hoffman, dos tomos, 12.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

El libro del pueblo: un tomo, 6.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.

Composiciones del Estudiante en verso y prosa: un tomo, 12.

El pobrecito hablador, por Larra: un tomo, 12.

Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.

Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.

Arte de declamacion, por Latorre: un folleto, 4.